

SPENSION HISTÓRICA



EDICIONES BISTAGNE

4

ptas.

SERIE TRIUNFO

LILLIAN
Gish

VERÓNICA
Lake

EDICIONES BISTAGNE

EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS

Pasaje de la Paz, 10 bis — Teléfono 18841 — Barcelona

PENSION HISTORICA

Guión cinematográfico de Anne Froelick y Hugo Butler,
basado en la novela de Augusta Tucker

Productor asociado

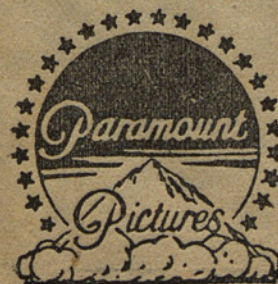
JOHN HOUSEMAN

Dirección

JOHN BERRY

Es una película

Distribuida por



PRINCIPALES INTERPRETES

Nan Rogers	Verónica Lake
Pug Prentiss	Sonny Tufts
Gret Howe	Joan Caulfield
Susie Slagle	Lillian Gish
Ben Mead	Billy De Wolfe
Dr. Elías Howe	Ray Collins
Elías Howe Jr.	Bill Edwards
Elbert Riggs	Pat Phelan
Clayton Abernathy	Renny McEvoy
Dean Wingate	Roman Bohnen
Dr. Faber	Morris Carnovsky
Silas Holmes	Lloyd Bridges
Irving Aaron	Michel Sage
Sra. Johnson	Dorothy Adams

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne

Imp. Vda. J. Ferrer Coll — Valencia, 197 — Barcelona

PENSION HISTORICA

ARGUMENTO DE LA PELICULA

La pensión de la señorita Sussie Slagle era bien conocida en la ciudad, porque a ella se habían acogido unas cuantas generaciones de estudiantes de medicina que se habían refugiado en ella venidos de los puntos más distantes de Inglaterra y que de ella habían salido con su flamante título de Doctor con el que emprendieron el penoso camino de su carrera haciéndose algunos de ellos célebres en su especialidad y haciendo con ello célebre también el nombre de la pensión de la señorita Sussie.

A aquella casa, situada en un barrio quieto, no lejano de la Universidad y del hospital donde hacían sus prácticas los estudiantes, llamó una noche, con la mano un poco temblorosa de los tímidos, un muchacho alto, fuerte, fornido, con aspecto más de campesino que de estudiante, con unos ojos claros e ingenuos que brillaban en un rostro atezado por el sol en el que la expresión de la infancia no había logrado desaparecer por completo en el curso de los años. Ya no era joven. Venía a Londres a estudiar

en una edad en que otros iban ya a ejercer su carrera por esos mundos. Pero él venía ahora, tímidamente, con el ansia reflejada en aquellas pupilas claras que eran fiel reflejo de un alma no contaminada por ninguna maldad humana y poseedora de las más dulces cualidades: la franqueza, la sinceridad y la nobleza de miras.

—¿La pensión de la señorita Sussie? — preguntó al criado negro que salió a abrirle la puerta.

—Esta es... Pase usted, doctor— replicó el viejo criado, inclinándose respetuoso.

—¡Doctor!—sonrió el recién llegado con una sonrisa un poco melancólica y un mucho dubitativa—. Espero que podrá llamarme así dentro de cuatro años sin temor a equivocarse.

—Claro que podré —afirmó el criado—. Fijese en estas fotografías que adornan las paredes... A todos les llamé doctor el día que vinieron... y el día que se marcharon... no me equivoqué con ninguno.

—Puede que fuesen más jóvenes

que yo cuando empezaron — murmuró Pug, un poco tristemente, porque era muy a pesar suyo que empezaba a estudiar la carrera en una época de su vida en que ya debía tener resuelto todo su porvenir.

—Muchos sí eran más jóvenes que usted; pero esto no importa. Hemos tenido estudiantes de todas clases: algunos muy nerviosos, otros muy aplicados, muchos muy inteligentes y otros bastante torpes... pero al final todos doctores y todos célebres... Venga conmigo, le acompañaré a su habitación. Le esperábamos a usted ya, y la señorita Sussie lo ha dejado todo dispuesto... Vea, ésta es su habitación. Utilizará este tocador, la izquierda de este armario y esta cama — explicó el viejo Hizer mostrando al muchacho todo lo que iba a pertenecerle mientras durara su estancia en la pensión, y viendo que Pug miraba con detenimiento un enorme corazón dibujado a la cabecera de la cama, con toda la anatomía cardíaca puesta de relieve, le preguntó:

—¿Sabe usted quién lo dibujó? El doctor Víctor Jessup.

—¿Jessup, el célebre cardiólogo? — inquirió Pug, mirando curiosamente aquel documento histórico dibujado en la pared, a la cabecera de la cama.

—El mismo. Fué uno de los muchachos de la señorita Sussie. Dormía aquí, en esta misma cama. Era un chico muy revoltoso... ¡y ahora se pasea por la ciudad en un magnífico automóvil! Este es su escritorio, y desde la ventana disfrutará de una magnífica vista de la Facultad de Medicina. Además no hay ruidos en la calle que le impidan estudiar.

Pug se asomó a la ventana y contempló el enorme edificio de la Facultad. Sus ojos brillaban de emoción y una sonrisa inefable jugueaba entre sus labios gruesos y carnosos.

—¿Habrá usted deseado durante mucho tiempo venir aquí, verdad? — inquirió Hizer que se había vuelto muy psicólogo gracias al constante trato con los estudiantes.

—Sí... ¿cómo lo sabe?

—Por su modo de contemplar la Facultad. La mira como si fuera su novia.

—¡Hace siete años que estoy esperando este momento! — suspiró Pug en un raptó de sinceridad. — Cuatro de preparación y tres tratando de reunir la suma necesaria para venir a estudiar. El invierno trabajaba en las minas y en verano en la granja. Los primeros dólares que ahorré los guardé aquí — dijo, mostrando una bolsa que sacó de

su bolsillo—. Al volver a la escuela los empleé en un libro de anatomía. Lo llevo siempre como amuleto y le llamo Joe...

Hizer sonrió, complacido del interés de aquel muchacho tan alto, tan fuerte, tan hercúleo y que tenía una cara de niño ingenuo y dulce, bueno y medroso que desentonaba con el aspecto de su corpachón de hombre fornido.

—Dentro de diez minutos tocaré la campana para la cena. La primera noche la señorita Sussie quiere que todos sean puntuales. Ese que habla tan alto es el señor Ben. Está en el tercer año y se divierte hablando con los nuevos. Les explica siempre cosas muy graciosas.

Pug comenzó a arreglarse. Hasta él llegaba la voz de aquel estudiante de tercer año que estaba tomando un baño de aseo antes de la cena y que charlaba con los nuevos y con alguno de los compañeros de cursos anteriores, que se reían a placer de todas las cosas que Ben les iba diciendo:

—¡Ah, amigos míos! — suspiraba Ben cómicamente, mientras cepillaba a conciencia su tórax entre una verdadera oleada de espuma de jabón—. No sabéis lo mejor de los años de estudiante... y es que ni siquiera en el baño se descansa...

Mientras os bañáis podéis considerar los complejos de la espina dorsal; mientras os laváis los dientes recordaréis los músculos del brazo; mientras os...

—¿Pero qué tal son las chicas de esa ciudad donde has pasado las vacaciones? — le interrumpió uno de los muchachos.

—¡Ah, la mujer...! ¡El más interesante complejo vital! Cuando miráis a una mujer hermosa... ¿qué es lo que veis? ¿Labios de rubí? ¿Piernas perfectas? ¿Curvas que marean? ¡Pues amigos, habéis venido a sitio apropiado para todas esas cosas tan románticas...! Permittedme que os presente a vuestro nuevo amor... la bella Elisa — dijo Ben, mostrando con un gesto cómico y desesperado una figura de mujer pintada en el techo, pero mostrando, como el corazón pintado a la cabecera de la cama de Pug, toda la anatomía del cuerpo humano.

— Esa es la novia de la Facultad. ¡Pobres infelices! ¿Venís a estudiar medicina, no es eso? Pues desde hoy, cuando miréis a una mujer, ¡eso es lo que contemplaréis! Un corazón, un hígado, un brazo... vasos sanguíneos, tibias, músculos... ¿De qué te ríes tú, ahora? — preguntó a uno de los chicos que había soltado la risa a todo trapo.

—Si la medicina es tan descon-
soladora como tú la pintas, ¿por
qué continuas aquí?

—No creerás que no tengo voca-
ción de médico, ¿verdad? Pero es
preciso filosofar. ¡Cadáveres, cadá-
veres, cadáveres! Cuatro horas dia-
rias cortándolos en pedazos; seis
días a la semana durante seis me-
ses... con Metz vigilando vuestros
movimientos. Metz es el profesor
de anatomía... y amigos míos, ¡es
un hueso! ¡Cuando pienso lo que
sufriréis con él! Anatomía, Pato-
logía, Histología, Neurología, quí-
mica, fisiología y clínica...

Mientras había hablado terminó
el baño, se vistió y preguntó a Hi-
zer que pasaba por frente a la puer-
ta de su habitación en el momento
en que todos salían en tropel para
dirigirse al comedor:

—¿Qué tenemos para cenar, Hi-
zer?

—Señor Ben, voy a entregarle el
premio de tragones de este año —
rió el criado.

—¿Sigues viendo puntitos negros
delante de tus ojos, Hizer?

—No se preocupe por mí, señor.

—Hizer, abre la boca y di ¡aaah!

—No consiento que un alumno de
tercero me haga abrir la boca.
Cuando le den ese pedacito de pa-
pel que lo transformará a usted en

el doctor Benjamín Wil, entonces
dejaré que me vea la garganta, si
me decido. Formalidad, señores —
aconsejó haciendo un cómico gesto
aquel criado que formaba ya parte
de la familia, como los mismos es-
tudiantes—. Viene la señorita.

La señorita Sussie entró en la ha-
bitación. Era una mujer de pelo
cano y rostro muy dulce. Conser-
vaba en él toda la ingenua bondad
de una juventud tranquila, sin pa-
siones y sin borrascas, y en sus pu-
pilas claras había la luz de las al-
mas buenas y comprensivas, de esas
almas de mujer que todo lo saben
comprender y todo lo saben perdo-
nar. Sonrió a todos los presentes
con una sonrisa de niña y les miró
a todos y a cada uno con una rápi-
da mirada que no era inquisidora
pero en la que sí se adivinaba que
de un primer golpe de vista sabía
ella conocer el carácter de cada uno
de sus huéspedes.

—Señorita Sussie, estos mucha-
chos pretenden vivir con nosotros
—le dijo Ben en su tono despre-
ocupado y simpático, como el más
viejo de la casa y el que se cree
con derecho autorizado a tomar las
iniciativas en la vida familiar—.
¿Quiere que les pase lista?

—No, gracias, Benjamín, ya sa-
bes que me gusta adivinar —repli-

có la señorita Sussie sin dejar de
sonreír con sonrisa acogedora, de
dulce bienvenida—. Es como revol-
ver los regalos de Navidad y adivi-
nar lo que contiene cada paquete.
Estoy muy contenta de tenerle
aquí, Silas — comenzó a saludar a
los que estaban ante ella—. Se pa-
rece usted a su padre, ¿verdad?
¿Usted es Clayton Abernaty? Lo
suponía. ¿Y el muchacho que vie-
ne de China? ¡Ah!, es usted, ¿ver-
dad? ¿Es usted Albert Riggs, que
ha hecho un viaje larguísimo para
cursar sus estudios de medicina en-
tre nosotros? Bienvenido. Y usted
también, Irving Aaron, ¿qué carta
tan deliciosa me ha enviado su ma-
dre! Ahora ya sólo me falta salu-
dar al muchacho de Vermont, al
que me ha recomendado tanto el
doctor Carlton. ¿Es usted San Jor-
ge Rentiss?

El muchachote grande, fuerte,
corpulento con rostro de niño, re-
plicó riendo:

—Todos mis amigos me llaman
Pug.

—Pues creo que San Jorge le cae
muy bien — replicó Sussie, estre-
chándole la mano.

Y luego, dirigiéndose a Ben,
continuó:

—Gracias, Benjamín. Me parece
revivir los tiempos pasados al te-
nerle conmigo esta noche.

—¿Se refiere a que mis bromas a
los nuevos estudiantes le traen re-
cuerdos, señorita Sussie?—pregun-
tó Ben, curiosamente, porque siem-
pre le gustó hurgar un poco en la
vida de aquella mujer con la que
compartía el hogar desde hacía tres
años y de la que nada había podido
saber, sino lo que sabían todos: que
era la señorita Sussie, la que regen-
taba la mejor pensión de la ciudad
para estudiantes de medicina.

—No, hijo, no, no me traes nin-
gún recuerdo. Sólo es que... ya me
pareces un contemporáneo —rió la
señorita Sussie, que nunca se había
enfadado con ninguno de sus mu-
chachos y siempre supo seguir to-
das sus bromas con el mismo humor
y el mismo tacto que desplegaba
en todos los detalles de su vida—.
Y ahora — siguió diciendo mien-
tras iniciaba la marcha hacia el co-
medor y se sentaba la primera ante
la mesa — debo deciros que es
un verdadero placer el teneros a mi
lado, sentir que por algún tiempo
me pertenecéis, que soy un poco
como vuestra madre, o como vues-
tras hermanas. ¿Me comprendéis?
Espero que os sentiréis bien en
cualquier parte de mi casa. Sólo
hay dos cosas de las que os pido
os abstengáis. La primera es que,
por favor, no fuméis en la cama, y
la segunda que... bueno... creo que

no es necesario insistir para que sepáis que...

Al verla apurada Ben la ayudó:

—...esta casa es una casa honorable y nadie puede manchar su reputación...

—Eso es todo cuanto tenía que deciros y que pediros —asintió la señorita Sussie un poco sofocada por la explicación demasiado viva de Ben—. Y también quisiera pedir una cosa más: que no fracaséis. Ninguno de mis muchachos fracasó jamás. ¡No lo podría soportar! ¡Y ahora un brindis, mis queridos muchachos, por vuestro porvenir!

Alzaron las copas y brindaron con la señorita Sussie aquellos estudiantes que llegaban con el alma repleta de ilusiones y de esperanzas y que tendrían que enfrentarse, desde el día siguiente, con la aridez de los estudios, con la disciplina severa de las aulas, con la triste realidad de los laboratorios de disección, con la austera severidad de los catedráticos, con la exigencia cada día creciente de su trabajo, con toda aquella balumba de asignaturas de las que sólo tenían noticia remota y con toda la amargura de las enfermedades del cuerpo humano y la aniquilación total de la muerte contra la que nunca, jamás, podrían luchar,

porque siempre sería ella la total vencedora de la vida.

* * *

Al siguiente día se encaminaron a la Facultad. Iban contentos, aunque un poco medrosos. Ben les había dicho que el recibimiento que les había dispensado la señorita Sussie sólo servía para hacerles ver más la cruel indiferencia con que les tratarían los profesores.

Ben les mostró el cuadro en el que estaban reseñadas las clases:

—Ahí tenéis, novatos, esto es lo vuestro, ya veréis qué divertido: lunes, anatomía, martes, anatomía, miércoles, anatomía, jueves, anatomía... ¡Hasta que sepáis desmenuzar a ciegas un cuerpo humano y todas sus vísceras, no saldréis de la anatomía!

No era demasiado exagerado lo que Ben les pronosticó. Metidos en la sala de disección pasaban horas y horas trabajando en los cadáveres, estudiando sus vísceras, partiendo corazones, abriendo estómagos, escrutando hígados, hurgando en riñones. Aquello producía náuseas muchas veces, pero los muchachos cerraban un momento los ojos y volvían ahincadamente a la tarea. Era preciso vencer la repugnancia. No podían dejarse vencer por la ti-

midez ante toda aquella carne tumefacta que entre sus manos no era más que materia, como si no hubieran sido, en vida, seres palpitantes de emociones, de deseos, de esperanzas y de ilusiones.

Metz, el catedrático, les vigilaba constantemente, pero no les daba grandes ánimos. Se limitaba a pasear entre ellos y a dirigirles alguna pulla con motivo del trabajo imperfecto que, como principiantes, realizaban.

—¿Qué tal va eso, Holmes? —preguntó a uno de los estudiantes.

—A decir verdad, señor, todavía no sé lo que estoy buscando.

—¿Le interesa a usted?

—Sí — asintió el muchacho disponiéndose a escuchar la explicación que esperaba del catedrático.

—Entonces, siga buscando —contestó Metz, que ya se había alejado de su lado y se dirigía a otro estudiante diciéndole—: No es preciso que termine hoy con ese cadáver, Riggs. Le queda toda la semana por delante.

Pug hacía esfuerzos inauditos para vencer el asco que todo aquello le producía. Pensaba que nunca podría acostumbrarse. Aquellos cadáveres descuartizados, fríos, rígidos en los que tenían que estudiar toda la complicada vida del organismo humano, le causaban pavor.

Cerraba los ojos de vez en cuando, se secaba el sudor de la frente y sólo gracias a un enorme esfuerzo de voluntad lograba vencerse y continuaba trabajando. La muerte le infundía un pavor extraño, una rara aversión. No podía acostumbrarse, no podía.

Volvió los ojos y vio a Lije que comía un bocadillo en un momento de descanso.

—¡Caramba, Lije!—exclamó, horrorizado—. ¡Debes tener un estómago como el de una cabra!

—¡Bah, todo eso no me impresiona! —replicó el otro con la más perfecta indiferencia—. Soy hijo de médico.

Ben cruzó la sala para ir de una aula a otra, y les preguntó con aquella su despreocupada personalidad, con aquel aire de ser el dueño de todo y de estar al corriente de todo:

—¿Qué tal va el jardín de la infancia? ¡Continuad laborando, novatos! ¡Cuatro horas diarias!

—Nos va muy bien, pero Metz no nos explica nada —dijo Silas un poco contrariado.

—Por esto le llamamos el método inductivo, señores —explicó Ben, adoptando el aire de Metz—. Puede estar equivocado, pero es muy original. ¿Divirtiéndote un poco con ese bazo, Paul? Bueno,

no está mal... Y tú, ¿haces algún adelanto, Abernalty? Creo que no. Señor Howe, ¿qué es lo que tenía Silas.

Lije, siguiendo la broma y dirigiéndose a Ben como si fuera el propio catedrático doctor Metz, le dijo cómicamente, exhibiendo la manzana que estaba mordisqueando:

—Esto, doctor Metz, es un ganglio esporádico tomado del funicular inferior...

—El funicular inferior... ¡una magnífica pieza de trabajo! En ochenta y tres años de estudios anatómicos no vi jamás nada tan original. ¿No será que los ratones la hayan mordido? —preguntó Ben sin dejar su aire de catedrático.

—Y como siempre está totalmente equivocado. ¿Se ha tomado usted la molestia de...?

Lije se interrumpió, al ver que Ben tosía intencionadamente y que los demás muchachos que reían la broma se quedaban repentinamente serios.

Volvió el rostro y se encontró frente al verdadero doctor Metz que le miraba con severidad:

—Voy a decirle algo, Lije Howe. Estoy bien enterado de que su padre es el director jefe y Profesor de la Facultad, pero si usted cree que esto le proporciona algún privilegio en mi clase, está usted muy

equivocado. Será mejor que deje las payasadas a los que pueden perder el tiempo, porque su trabajo es mediocre y yo no pienso aprobar a estudiantes mediocres, sean o no sean de la familia del doctor Howe.

Lije se mordió los labios para no contestar y siguió trabajando, pero en su espíritu había quedado marcado de un modo preciso el tono con que el doctor Metz le había echado en cara que no quería tener favoritismos de ninguna clase con el hijo del Director Jefe y Profesor de la Facultad. ¡Como si él buscara esos favoritismos! ¡Como si él no pusiera toda su voluntad y su inteligencia al servicio de los estudios! Aquello le hizo daño, mucho daño, pero lo sufrió él solo porque no quería dejar traslucir a sus compañeros el estado de ánimo en que le habían sumido las palabras del catedrático.

Cuando al final de la clase salieron a la calle, derrengados, con el cerebro lleno de figuras extrañas, de vísceras sanguinolentas, de miembros descuartizados, de toda aquella miseria humana que pasaba por sus manos cuatro horas diarias para estudiar en ella todas las dolencias del cuerpo humano, Paul preguntó:

—¿Y cuándo vamos a poder dormir?

—A la hora de las conferencias— replicó, en broma, Clay—. ¿Qué te parece una conferencia, Pug?

—Magnífica para descabezar un sueño. Bert, ¿vienes con nosotros? —preguntó al estudiante que había venido de China para seguir la carrera de medicina.

—No; es preciso que termine mi trabajo.

—Puedes beber antes una cerveza con nosotros — insistió Pug.

—Gracias, pero no bebo jamás. Buenas noches — dijo Bert, enfrascándose de nuevo en el estudio.

Los demás siguieron hacia la taberna-bar donde solían reunirse y charlar un rato en torno a unos vasos de cerveza antes de ir a acostarse, derrengados por el esfuerzo del día.

—Es un chico extraño — comentó Clay, refiriéndose a Bert.

Y en efecto, era un muchacho que no participaba nunca de la alegría juvenil de sus compañeros, que vivía como en un mundo aparte, que se entregaba con fe y entusiasmo a sus estudios y que se dejaba arrebatar por la pasión hacia aquella carrera que había elegido y que quería ejercer concienzudamente cuando terminara sus estudios.

En el bar fueron recibidos alegremente por Otto, el gordinflón propietario que les hablaba en su

jerga extranjera que no se acostumbraba a adaptarse a las modalidades del idioma del país en que residía, aunque hacía muchos años que estaba al frente de aquel bar, en las inmediaciones de la Facultad de Medicina, y había visto desfilar por sus mesas a todos los que hoy eran ya nombres conocidos, celebridades especializadas en una y otra materia, hombres con canas en la sien y arrugas en la frente y que habían armado en torno a las mesas la misma algarabía que ahora armaban las nuevas generaciones de estudiantes.

—Fijaos en vuestras caras — les decía Otto a los muchachos—. ¡Parecéis desenterrados! ¿Por qué estudiáis tanto? ¿Cuándo aprenderéis que la vida está hecha para divertirse? Música, un poco de vino, solomillo para hacer almohadilla al vinito, y una mujer bonita al lado para compartir todas estas cosas y unas pocas más. ¡Eso es vivir, y no lo que hacéis vosotros, estudiando todo el día!

Aquellas palabras recordaron a Ben, el veterano, que tenía un deber que cumplir:

—Voy a llamar a mi novia por teléfono. ¿Quién tiene seis peniques?

Entre todos recogieron la cantidad pedida y Ben se dirigió a la

cabina del teléfono mientras Otto seguía hablando:

—¿Para qué os servirá la sabiduría, si no conocéis el placer de vivir?

—Así es la vida, Otto. Si no estudiamos, no aprobamos y si no aprobamos no tenemos medios de vida. Para gozar del placer de vivir primero hay que estudiar.

—Sí, pero no demasiado —asintió Otto—. Tu padre encontraba siempre tiempo para divertirse bien y ya ves cómo ahora es un gran médico.

—Lo era —corrigió Silas un poco tristemente—. Murió en abril. Murió agotado por el trabajo. No había disfrutado de vacaciones en doce años.

—Con tu permiso, Silas, brindemos por él. ¡Era un gran hombre! ¡Prosit! —dijo Otto alzando su vaso.

Todos los estudiantes lo imitaron.

—¡Prosit!

Y bebieron a la memoria del padre de Silas, mientras Clay reclamaba insistentemente:

—¿Quién ha visto mi libro de histología?

—Yo lo he tenido en la mano, pero se lo di a Silas —dijo Pug.

—Y yo se lo di a Irving—replicó éste.

Irving tendió el libro:

—Sí, hombre, lo tengo yo. Te lo presto si es que me lo devuelves —dijo solemnemente como si el libro fuera suyo.

Ben volvió de la cabina del teléfono con una expresión decepcionada:

—Mi novia no estaba en casa. Oye, Pug, ¿no preguntabas qué aspecto tenía el doctor Faver? Pues ahí lo tienes, sentado en aquel rincón. El del sombrero negro y el cigarro puro en los labios. Está en la misma mesa de Metz. El doctor Faver es el mejor cirujano del país; si dejaba la Facultad podría en seguida ganar un millón de dólares. El año pasado operó al Ministro de Hacienda.

—Investigó en el Tesoro —comentó Lije con la lengua torpe, porque estaba más borracho que de costumbre, ya que aquella noche no cesaba de beber, como si intentara olvidar algo que le molestaba grandemente.

—No seas idiota, Lije —reprenvió Ben, que era despreocupado y alegre, pero sabía imponer seriedad y buenos modales cuando veía que alguno de los muchachos iba a desmandarse.

—Tengo ganas de decirle dos palabras al profesor Metz —insistió Lije con gesto amenazador, porque

no podía olvidar, ni a fuerza de alcohol, las palabras que Metz le había dirigido en plena clase.

—No seas imprudente. Deja en paz a los catedráticos —aconsejó Pug con muy buen criterio.

Y Otto les indicó:

—Lleváoslo antes de que arme bronca. Hoy está muy mareado.

—Le voy a decir a esa cara de rata muerta... —musculó Lije poniéndose en pie trabajosamente y decidido a ir al encuentro de Metz.

—¡Lije, no hagas el loco! ¡Tranquilízate!

—Ya es hora de que alguien se meta con él. ¡Déjame, que no soy un niño para que me sujetéis! —gritó Lije, fuera de sí. Y en voz más fuerte y casi insultante, chilló:

—¡Profesor Metz!

—Pero los demás estudiantes le cogieron en vílo y saludaron todos a un tiempo, con un gesto respetuoso aunque un poco extraño:

—¡Profesor Metz!

—¡Profesor Metz!

El profesor Metz les miró sorprendido, sonrió creyendo que se trataba de una simple broma de juventud y no se dio cuenta de que era Lije quien había provocado aquella euforia de respetuosa cordialidad por parte de sus alumnos.

Entre todos llevaron a Lije hasta su casa y, ya en el portal, lo de-

jaron en manos de Ben y Pug, que no sabían qué hacer con él, pues estaba tan borracho que no se sostenía en pie.

—Creo que tendremos que entregarlo en propia mano —dijo Ben muy serio.

—Bueno, vamos a ver si logramos meterlo en su cuarto y dejarlo en su cama. Ayudadme.

Pero ya Ben se había escabullido como los demás y fué Pug quien tuvo que cargar con todo el pesado corpachón de Lije, entrarlo en la casa y depositarlo en el primer sofá que halló a su paso.

Una chiquilla encantadora, vestida de colegiala, con dos gruesas trenzas que caían sobre su espalda como dos caireles de oro, se enfrentó con Pug:

—¿Quién es usted y qué le ha pasado a Lije? —preguntó, alzando al aire una naricilla respingona, muy graciosa y mirando a Pug con unos grandes ojos azules asombrados.

—No le ha pasado nada de particular. Una dosis excesiva de C₂H₅OH. ¡No es nada! —afirmó Pug con gran seriedad.

—¿Cómo podremos desintoxicarlo? —preguntó la niña que se dio perfecta cuenta de la borrachera de su hermano.

—Dejándole que duerma hasta mañana por la mañana.

—¿Hasta mañana? ¡Pero esto no puede ser! Si me prometió repasar-me la geometría esta noche! ¡En buen lío me ha metido su imprudencia! —dijo la muchacha, increpando al que para ella era un desconocido.

—¿Mi imprudencia? —repitió Pug sonriendo muy divertido por la indignación de la pequeña.

—Claro que sí. Su imprudencia. Si Lije no hubiera salido con usted, no estaría como está.

—Pero es que no ha salido conmigo solamente, sino con todos los compañeros.

—Pero usted es el verdadero responsable, porque de lo contrario no se hubiera comprometido hasta traerlo a casa. ¿No lo comprende?

Pug abrió tamaños ojos. Ahora sí lo comprendía. Hasta ahora no se había explicado el porqué los demás se habían ido escapando sin querer dar la cara para entregar a Lije en manos de alguien de su familia. Porque el que lo entregaba era el responsable de la borrachera de Lije. ¡Tenía gracia, aunque en realidad le hiciera muy poca!

—Comprendo, comprendo —musitó, moviendo la cabeza con aire arrepentido.

—Y cuando yo, mañana, sea muy

desgraciada por no tener resueltos mis problemas de geometría, ¡usted tendrá la culpa de que yo sea desgraciada! —exclamó la niña, medio llorosa.

—Lo siento de veras —afirmó Pug.

—¿Lo siente? ¿Y de qué me sirve a mí que usted lo sienta? ¡Si no he resuelto mis problemas para mañana, lo que recibiré será un suspenso horroroso, tanto si lo siente usted como si lo deja de sentir!

—Si de algo puede servirle mi ayuda...—ofreció Pug, sinceramente apenado ante la explosión de angustia de aquella criatura encantadora, rubia, espigada, bonita, que hablaba como una niña y tenía ya toda la gracia y el encanto de una mujer.

—¿Su ayuda? ¿De veras no le molesta ayudarme? ¡Oh, esto es sencillamente magnífico! Esto es mucho mejor que limitarse a decir "Lo siento".

Pug comenzó a explicarle los problemas geométricos mientras la niña le miraba suspendida en sus labios, pero sin escuchar lo que decía; le miraba encandilada ante aquel rostro de hombre tan ingenuo, tan franco, tan bueno, aquel rostro que mostraba su franqueza abierta y un poco ruda que le hacía captarse la simpatía de todos, por-

que no había en él ni artificio ni disimulo, no había más que claridad, una claridad que emanaba de sus ojos puros y que se esparcía por sus facciones grandotas, de muchachote del campo con alma de poeta.

—Por lo tanto —explicaba Pug con infinita paciencia— el ángulo R es igual al ángulo S. ¿Va usted comprendiendo? A.D. es perpendicular a P.R. ¿Sabe usted por qué?

—¿Por qué? —preguntó la muchacha, sin apartar sus ojos de los ojos de aquel improvisado profesor.

—Porque una línea perpendicular a una o dos líneas paralelas, es perpendicular a la otra. Fíjese. ¿Lo ve?

—Sí, lo veo —replicó ella, sin mirar las figuras geométricas que él le iba trazando con la mano, sino mirándole únicamente a él, a él que se había adueñado en un instante de todo su corazón de mujer.

—Sí, lo veo. Pero... ¿qué hace usted en Vermont todo el invierno? —inquirió, olvidándose por completo de sus problemas geométricos.

—Prepararme para el verano —contestó él, sonriendo con su amplia boca jugosa y sensual.

—Debe ser divertida una granja.

—¡Mucho! En verano nos asamos y en invierno nos helamos —rió

Pug—. Sólo tenemos tiempo para comer y para dormir.

—Me entusiasma comer y dormir —aseguró ella, entusiasmada.

Pug tuvo que hacer un esfuerzo para volver a la realidad, porque aquella criatura lograba turbarle con su insistente mirada.

—Bien, continúo. A. P. igual a P. R. Bueno, éste es el último. ¿Lo ha entendido bien?

—No; soy demasiado tonta para entender todas estas cosas. Por esto suelo pedirle a mi hermano que me los explique, porque así acaba haciéndolos por mí. Creo que si yo fuese inteligente tendría que hacer yo misma los problemas —confesó la niña, mientras hacía una bola con todos los papelotes emborronados y la arrojaba lejos, sin acertar al sitio donde había apuntado.

—Mala puntería —rió Pug.

—Apuesto a que usted tampoco atina desde aquí —desafió la chiquilla, ya dispuesta a jugar con aquel muchachón, como si lo conociera de toda la vida.

—¿Cómo, desde aquí? ¡Eso es fácil! Espere un poco. Voy a demostrarle que puedo apuntar desde más lejos y acertar —dijo Pug, alardeando de buen tirador. Pero la bola de papel se burló de su bravata y fué a parar mucho más lejos de lo que él había medido.

Gret se rió con todas sus ganas y Pug dijo, obstinado:

—Estoy algo desentrenado, pero quiero mostrarle que tengo buena puntería. Permítame volver a insistir.

Comenzaron a lanzar a porfía bolas de papel a un lado y otro de la habitación, sin acertar ni ella ni él a dar en el blanco. Reían como dos chiquillos que se divierten mucho con su juego.

—Hemos sembrado el suelo de papeles y no hemos dado en el blanco ni una sola vez — dijo Gret, riendo a carcajadas.

—Voy a sacar de debajo del sofá esa bola que se ha empeñado en ir a buscar allí refugio — dijo Pug, andando a gatas por el suelo y metiendo la cabeza debajo del sofá.

En esta posición le encontró el doctor Howe, el padre de Gret y de Lije, que llegaba a su casa y que se extrañó al ver luz en el despacho.

—¡Oh, papá! Es un amigo de Lije que ha venido a ayudarme a hacer los problemas de geometría — explicó la niña precipitadamente, abrazando a su padre.

—Ya... ya lo veo — murmuró el doctor Howe en tono serio, pero no enojado.

Pug se levantó rápidamente, se azaró mucho, quiso hablar y sólo

supo balbucir palabras incoherentes y al fin logró musitar:

—Creo que es mejor que me vaya, tengo que trabajar para mí...

—Gracias por su ayuda y por todo lo demás — sonrió Gret, tendiéndole la mano.

—No merece la pena. Bien, creo que debo retirarme. Hasta la vista, señorita. Buenas noches, doctor Howe.

—Le acompaño hasta la puerta — dijo éste, adelantándose y conduciéndole hasta la puerta de salida.

Cuando ya Pug iba a marcharse, le miró el doctor detenidamente y le preguntó:

—¿Es usted estudiante de primer curso?

—Sí, señor.

—Vive en la pensión de la señorita Sussie, papá — explicó Gret.

—¡Ah, es usted un muchacho afortunado! Yo también he vivido allí.

—¿De veras? — exclamó Pug, alentado por aquella confianza del catedrático.

—Tenía la habitación al final de la escalera.

—¿La que tiene una cama de metal dorado? — preguntó Pug con curiosidad, hablando como si hablara a un compañero y no a un superior.

—La misma. Y dígame, ¿sigue

Hizer sirviendo pan frito y tocino para desayunar los domingos?

—Sí... y bollitos de miel.

—Lo mismo que en mis tiempos. Tiene usted suerte. La pensión de la señorita Sussie es una verdadera institución para la Facultad de Medicina. ¡Ah! Y tengo otra vieja amistad en la casa. ¿Sigue tan guapa como siempre? — inquirió el doctor Howe haciendo un gracioso guiño que Pug comprendió en seguida.

—¿Se refiere a la bella Elisa?

—La misma. Yo le hice el hígado.

—¡Magnífico hígado, señor! — afirmó Pug.

—Gracias. Recuerdo que lo estaba dibujando la semana en que conocí a la madre de Gret. Y el primer gorrito que usó Gret fué confeccionado por la señorita Sussie. Le felicito por hallarse en esa casa. La señorita Sussie ha alentado a varias generaciones de estudiantes y no ha salido de allí ningún fracasado.

Pug se despidió de Howe y de la encantadora Gret, a la que estrechó la mano con cordialidad, como a una amiga de mucho tiempo. Los problemas geométricos y sobre todo las bolas de papel con las que habían jugado, les hacían los mejores amigos del mundo, aunque apenas acababan de conocerse.

Cuando la puerta se cerró tras Pug, Gret echó los brazos al cuello de su padre, le besuqueó repetidamente y le dijo con entusiasmo:

—¿Verdad, papá, que es un chico encantador? ¿Verdad que es un sol de hombre?

* * *

Un día Ben entró en el aula de anatomía y dijo a los estudiantes de primer curso:

—Hoy el doctor Faver hará una colecipstectomía. Será digna de verse. Yo no me lo pierdo. ¿Queréis ver a Faver operando?

—¿Que si queremos? ¡Ya lo creo! ¿Cuándo va a ser?

—Ahora mismo. Se trata de una vesícula biliar. Caso grave. Vamos. Es cosa que hay que verla para hacerse una idea de lo que es una operación maestra.

Los muchachos fueron al quirófano y se instalaron en los bancos circulares, colocados de modo que pudieran seguir todo el proceso de la operación y estudiar detenidamente siguiendo las explicaciones del operador, el más afamado en la Facultad y al que todos tenían el mayor respeto.

El doctor Faver inició la operación después de los preparativos preliminares. Y comenzó a explicar

con voz calmosa y grave todo cuanto iba haciendo a fin de que los estudiantes pudieran seguir los incidentes de aquel caso interesante y grave que presentaba características dignas de estudio.

—Voy a empezar con las fibras musculares y llegaré a las transversales. Abran un poco más. Compresas húmedas. Estoy ahora tocando la vesícula biliar que está adherida al duodeno. El bisturí. Compresas...

La enfermera iba dando en voz baja la presión sanguínea y las palpitaciones del corazón, vigiladas constantemente. El doctor continuaba sus explicaciones sencillas y escuetas e iba pidiendo a sus ayudantes lo que le precisaba. No vacilaba un instante. Su trabajo era claro y bonito. Trabajaba en la carne humana como en materia plástica y no fallaba ninguno de sus movimientos hechos con pulso firme y un perfecto dominio de la anatomía y de la técnica operatoria.

—Tengo a la vista la arteria cística. Aquí el operador ha de tener sumo cuidado, porque si la arteria hepática se confundiese con la cística, sería fatal para el enfermo.

Los estudiantes tenían tensos los nervios, fija la atención, suspendidos los sentidos en aquel trabajo magnífico del gran profesor.

Seguía Faver trabajando, cuando

el resultado de aquel trabajo maravilloso. Pero no podía. No podía. Una nube turbaba su vista. La muerte estaba allí, en acecho. El la sentía, la veía casi, la adivinaba. De pronto se levantó y salió casi corriendo, huyendo de aquella visión atormentadora.

Era un cobarde. Tenía miedo a la muerte. Nunca podría ser médico. Nunca... nunca... nunca...

Con esta idea que le martilleaba la cabeza y le desgarraba el corazón llegó a la pensión, cruzó el hall en silencio e iba ya a subir la escalera cuando le detuvo la voz de la señorita Sussie, aquella voz suave, matizada, dulce, que era como una caricia para el oído:

—Buenas tardes, San Jorge.

No había podido acostumbrarse a llamarle Pug, con un nombre tan familiar, y siguió llamándole siempre, como el primer día, San Jorge.

—Buenas tardes — replicó Pug, sobresaltado, porque su imaginación estaba todavía en el quirófano, junto a la enferma, viendo a la muerte alargando su garra cruel para hacer presa en ella.

—¿Quiere tomar conmigo una taza de té? — ofreció Sussie, que se dió perfecta cuenta de que el muchacho llegaba trastornado por algo que le atormentaba hondamente.

—No, no, gracias... no quiero nada.

Sussie le miró con dulzura:

—¿Qué le pasa, San Jorge?

Pug bajó la cabeza anonadado, avergonzado de su cobardía; pero confesó la verdad.

—He asistido a una operación y no he podido resistirla. He salido huyendo del quirófano...

—¿Y eso es todo? Algunos necesitan muchos meses para habituarse a la cirugía. Es una preparación penosa y hay que ser tenaz. Si hoy ha resistido media operación, otro día serán las tres cuartas partes... y otro día ya no tendrá que salir —aseguró Sussie, segura de sus aseveraciones, porque estaba acostumbrada a aquellos desfallecimientos de los estudiantes, que siempre acababan por ser vencidos.

Pug movió la cabeza con desaliento:

—Pero lo que me pasa a mí no es lo mismo, señorita Sussie... No huía porque me horrorizaba la operación... Huí porque aquella mujer se moría... y porque la muerte me da miedo, un miedo invencible... Es algo que no puedo, que no sé explicar.

—No tenga miedo a confesar lo que le pasa, San Jorge. En estos casos lo mejor es expansionar el ánimo. Si nuestro sufrimiento que-

da dentro de nosotros nos hace más daño. Hay que dejarlo que salga fuera... Explíquese... no tema — insistió la señorita Sussie, disponiéndose a escuchar con benevolencia y comprensión.

Pug se sentó a su lado, se estrujó las manos nerviosamente, aquellas manazas grandes de minero y labrador, pero que tenían una finura de movimientos que hacían presentir ya al cirujano.

—Cuando todavía era un chiquillo — comenzó diciendo, como si devanara en su cerebro la madeja de pasados recuerdos — el doctor Carson solía llevarme con él a sus visitas. Un día fuimos a visitar a un granjero que vivía solo, bastante alejado de la ciudad. Estaba enfermo del pecho. Cuando llegamos su estado era muy grave. El doctor tenía que volver a la ciudad en busca de algunos medicamentos y me dejó allí solo con aquel hombre que agonizaba. Se estaba muriendo. Le faltaba el aire para respirar. Necesitaba ayuda para vivir, un poco de ayuda de alguien que le hubiera atendido bien en aquellos momentos de angustia... y yo no podía darle aquella ayuda, no podía hacer nada por él, no tenía a mi alcance medio alguno de auxiliarle, ni siquiera los conocimientos necesarios para saber qué tenía que

hacer en aquel caso extremo. Tenía que esperar, impasible, viendo como se moría, sin poder hacer nada para salvarle. Y de repente no pude seguir soportando ese sufrimiento. Fué algo en mí tan poderoso, tan dominador, que salí huyendo. Tenía miedo a la muerte. No quería verla tan cerca. Me daba miedo... y huí... Quería verme lejos de allí, lo mismo que me ha ocurrido hoy, en el quirófano, al ver que esa pobre mujer se estaba muriendo... Este miedo a la muerte es fatal para un hombre que quiere ser médico, que ha de luchar a cada paso con la muerte, que se encuentra a todas horas frente a la muerte... ¡Yo no podré ser nunca médico!

—Tranquílcese, San Jorge... Todos somos muy parecidos en estas cosas... sentimos las mismas emociones y una de las más poderosas, de las más invencibles, es la sensación del miedo... No es usted sólo el que siente miedo...

—Pero yo jamás he tenido miedo en la vida, señorita Sussie... jamás, únicamente siento miedo a la muerte, y no a la mía propia, sino a la de los demás... Ya ve, no he podido soportar ver morir a una mujer desconocida... Supongamos que yo hubiese sido el cirujano que la operaba, en lugar de ser el doc-

tor Faver... Si hubiera reaccionado de ese modo... si me hubiera entrado el miedo... ¡Oh, no, no, jamás podré operar, jamás tendré ese dominio admirable que necesita el cirujano en momentos tan difíciles!

—¿Cree usted que el doctor Faver no ha pasado por ese trance jamás? — preguntó la señorita Sussie con una naturalidad suave, como si hablara de algo tan corriente y vulgar que no mereciera la pena preocuparse de ello—. El, como todos, ha tenido sus principios, y en ellos sus momentos de vacilaciones, de miedo, de dudas... Hace años, cuando el doctor Faver acababa de llegar a la Facultad, extrajo un trozo de plomo del corazón de un ser viviente... ¿Cree usted que no tuvo miedo? ¡Claro que lo tuvo! Pero ese mismo sentimiento le impulsó a llegar a ser un cirujano famoso, como es hoy. No hay que desalentarse nunca, San Jorge... Los comienzos son penosos; pero los resultados suelen ser óptimos.

La voz de los otros estudiantes que llegaban de la Facultad interrumpió la conversación que Pug sostenía con la señorita Sussie. Venían excitados, entusiasmados.

—Os digo y os repito y os aseguro que el doctor Faver es único en el mundo — afirmó Ben con su vehemencia característica.

—¡Cómo me hubiera gustado presenciar la operación! — dijo Silas con cierto deje de envidia, porque había estado imposibilitado de asistir a ella por encontrarse en clase en aquella hora.

—Es la operación más difícil que se ha realizado desde que yo estudié — afirmó Ben.

—La paciente se estaba muriendo... así, sencillamente, muriendo... —explicó Bert, con aire misterioso y dramático.

—¡Y tanto si se estaba muriendo! Medio minuto más y se muere sin remedio... Sólo Faver pudo hacer el milagro de salvarla. Trabajó con tanta prisa, con tanta precisión que no le dió tiempo a la muerte a apoderarse de su presa. Y le he oído decir que la enferma estará bien dentro de quince días. ¡Qué hombre! ¡Es maravilloso!

Pug escuchaba turbado. La seguridad de que la enferma no había muerto, le devolvía a él la esperanza de que acaso llegara a vencer aquel miedo inexplicable a la muerte.

—¡No ha muerto! — murmuró, como si se lo repitiera a sí mismo para convencerse de aquella verdad—. ¡No ha muerto! ¡El doctor Faver la ha salvado! Debí suponerlo... La forma en que operaba, de prisa cuando era necesario y des-

pacio cuando podía, con la seguridad de su pulso y la firmeza de su voluntad... tenía que salvarla, forzosamente. Tenía confianza en su ciencia y trabajaba sin miedo, seguro de lo que hacía. No, el doctor Faver no sentía miedo alguno... no sentía miedo alguno...

Se quedó con aquella idea en la cabeza. Era necesario vencer al miedo. Era preciso vencer al miedo. Si los demás lo habían logrado, acaso él, con fuerza de voluntad, también lo conseguiría... Quería ser médico, un buen médico, un cirujano experto... y sólo venciendo al miedo lo conseguiría...

* * *

Pocos días antes de Navidad los muchachos sintieron un latigazo de dicha. El Decano de la Facultad daba una gran fiesta con motivo de la Navidad y había invitado a todos los estudiantes. Esto suponía gran cena y baile de gala. El no va más de las cosas bellas para un estudiante. Baile al que asistirían las muchachas más bonitas y elegantes y en el que ellos podrían lucir sus habilidades de bailarines, que bien podían compaginarse con sus aptitudes de buenos estudiantes.

El día de la fiesta la pensión de

la señorita Sussie era un hervidero. Los chicos estaban alocados, componiéndose con sus mejores galas y acaparando cada uno con todo lo que podía, sin averiguar la pertenencia del objeto deseado. Si era preciso escoger una corbata, se apoderaba de la más bonita, sin preocuparse demasiado si aquella misma corbata era la que quería ponerse su verdadero propietario. Todos hablaban a la vez, todos reían, todos andaban de un lado a otro, entrando y saliendo del baño, acaparando el espejo para el afeitado perfecto del rostro, buscando las cosas más inverosímiles en los rincones más remotos de las habitaciones que, como ya llevaban algunos meses de convivencia, eran casi habitaciones comunes a todos los estudiantes, porque no se guardaba el rigor de las puertas cerradas, antes al contrario, todo estaba abierto y todo a la disposición de cualquiera de ellos.

—¡Soy el primero para la navaja, no lo olvidéis! — gritaba Clay, mientras se daba jabón a la barba.

—¿Quién tiene unos calcetines limpios? — preguntó Silas, que no andaba demasiado abundante de aquella prenda.

—En el cuarto de Clay encontrarás.

—Cojo tus tirantes, Clay — dijo

Ben, sin pedir permiso para ello.

Silas le cogió los gemelos para los puños de la camisa, Irving le cogió su mejor corbata, y todos hicieron en la habitación de Clay abundante cosecha de lo que necesitaban, porque Clay era el que estaba mejor surtido de todos ellos.

—¿Quién tiene hora? — preguntó Ben mientras se repeinaba ante el espejo.

—Mira en el cuarto de Clay... — dijo éste mismo con mucha ironía, porque ya comenzaba a estar molesto al ver que le despojaban de todo y no le dejaban ni siquiera el derecho a elegir lo que más le gustara.

Pug también se vistió de etiqueta y se miraba complacido ante el gran espejo de la esquina de la habitación, espejo que era común a todos los huéspedes porque en él podían verse de cuerpo entero.

—¡Vaya... qué elegancia, chico! — admiró Silas dando vueltas en torno a Pug.

Pug sonrió con su sonrisa de niño grande, un poco avergonzado ante su indumentaria.

—Es una verdadera maravilla, ¿verdad? — ¿Quién podía imaginar que alquilasen fracs tan perfectos! Sin embargo estoy muy contento de que mis hermanos no puedan verme — añadió, riendo al pensar cómo se burlarían de él si le veían

así ataviado, a él a quien siempre habían visto con su traje de campesino o de minero.

Ben, que siempre estaba dispuesto a cualquier broma, se irguió muy solemne, se estiró el frac, tomó la actitud del hombre elegante y de mundo que entra en un salón repleto de la alta sociedad más distinguida, y, saludando cortésmente a un esqueleto que tenían para estudiar en él toda la teoría de los huesos, dijo:

—Señorita... ¿me permite que la invite a bailar?

Cogió al esqueleto por la cintura y se puso a bailar cómicamente, en una danza extraña que hizo reír a todos sus compañeros con grandes y francas carcajadas. Ben seguía la broma:

—Es usted encantadora, señorita — susurraba al oído de la calavera —, ¡Deja que te hable de amor, mi vida, porque me he enamorado locamente de ti...! Deja que pueda escuchar de tus labios purpúreos dulces palabras de amor... y así seré feliz...

Alguno de los muchachos indicó que ya era hora de partir y decidieron marchar, bajando todos a un tiempo a saludar a la señorita Sussie que quería hacer repaso general de los muchachos, por si alguno llevara algún detalle estridente o lle

faltara algo que ella pudiera reparar en un momento antes de que se marcharan.

—¡Estás guapísimo, hijo mío! —dijo, mirando a Pug con admiración, porque en realidad el muchacho estaba desconocido—. Deja que te arregle un poco la corbata; tienes poca práctica para hacer el nudo. Así está bien.

—Gracias, señorita Sussie—murmuró Pug, un poco confuso, con aquella timidez que le daba un aire tan infantil y que hacía fuerte contraste con su personalidad de hombre fuerte, casi atlético.

—También tú, Silas, estás estupendo... Y Clayton... Todos estáis magníficos. Tengo la seguridad de que el éxito os acompañará entre el elemento femenino... Y tú, Benjamín, recuerda que estás prometido, sé fiel a tu novia y reporta tus ímpetus... Te conozco bien y sé que te gustan demasiado las chicas guapas.

—No he besado a una chica desde el verano pasado, señorita Sussie—confesó Ben—. Creo que me convendría practicar un poco, si no voy a perder el hábito.

—¡Benjamín...! —reprendió dulcemente la señorita Sussie, con el mismo tono benévolo con que pudiera hacerlo una madre.

Ben besó la frente de la señorita

Sussie con cariñoso respeto y dijo, orgulloso y convencido:

—Después de esto no hay chica en toda la ciudad que pueda manillar mis labios...

Sussie rió agradecida por el galanteo, esa flor espiritual de la que tanto gusta la mujer aun en sus años más avanzados.

—Estoy orgullosa de todos vosotros—le dijo, acompañándole hasta la puerta—. Que os divirtáis mucho y paséis una agradable velada.

—Lo procuraremos.

Todos fueron besando la frente de la señorita Sussie, como había hecho Ben y fueron desfilando alegres y dichosos, con esa dicha que sólo consigue obtenerse en los años mozos, cuando todavía la vida no nos ha enseñado a sufrir desengaños y traiciones.

Mientras en la pensión de la señorita Sussie los muchachos se habían acicalado y arreglado con cuidado esmero, en casa del doctor Howe hubo también alguien que puso un cuidado especial en el arreglo de su encantadora persona. Ese alguien era Gret, la hija de Howe, que asistía por primera vez a un baile de noche y que estaba emocionadísima con un suceso de tanta trascendencia para una muchacha de diecisiete años.

Se vistió con mucho cuidado, se peinó con la máxima atención, se miró largamente en el espejo y quedó complacida de sí misma. Sólo que... el vestido, vaporoso, elegante, que la envolvía en una nube de encajes y tules, había sido reformado por su mamá de un modo que a ella no le gustaba ni la convenía. Aquel tul en torno al escote lo convertía en un vestido de niña pata; y ella aquella noche quería tener el aspecto de una dama del gran mundo y no de una niña recién salida del pensionado.

Bajó al despacho de su padre, segura de encontrar en él un buen aliado; dió unas vueltas ante él para que pudiera admirarla a su sabor y le preguntó con mimo y cariño:

—¿Qué te parece, papá?

—Maravillosa... ¿Por qué me lo preguntas, si ya lo sabes? —contestó el doctor Howe que tenía una especial predilección por aquella hija suya, coquetuella, traviesa, muy mujer y muy niña al mismo tiempo.

—Porque este es el primer baile al que asisto y mamá sigue creyendo que todavía soy un bebé.

—¿Qué te pasa? ¿Estás disgustada? —inquirió el padre al ver el mohín que fruncía los labios de la niña.

—Sí, estoy disgustada... porque mamá ha tapado el escote de mi vestido con este tul, porque dice que era demasiado atrevido para una muchacha tan joven... ¡Y así resulta un vestido muy ñoño, con lo bonito que es descotado! —suspiró la niña, como si aquello fuera una verdadera desgracia.

—Tu madre no tiene razón por esta vez... Precisamente sólo las chicas jóvenes pueden lucir el escote. Pero no te preocupes, criatura, lo vamos a arreglar en seguida —dijo el doctor Howe, cogiendo la enorme tijera de cortar papeles que tenía sobre la mesa y recortando el tul sin vacilaciones—. Pero sobre todo no te olvides de volverlo a colocar en su sitio cuando vuelvas del baile, para que mamá no se entere... ¿De acuerdo?

—De acuerdo. ¡Eres el padre más encantador de la tierra! —aseguró Gret, besando a su padre repetidas veces.

—Y luego no vayas a contárselo a mamá —aconsejó Howe, riendo.

—Te lo prometo; no le diré nada.

—Será un secreto que guardaremos celosamente entre tú y yo, ¿verdad?

—Sí, papáito.

—¿Y ahora todo está a tu gusto?

—Sí, papá, perfecto.

—Entonces... ¡a divertirse! Es

tu primer baile y debes aprovecharlo bien.

Gret iba a salir cuando de nuevo se detuvo, volvió sobre sus pasos y murmuró:

—Papá...

—¿Qué pasa?

—Papá... ¿quieres contestarme sinceramente a una pregunta muy importante?

—Si estoy capacitado para ello— replicó el padre que sabía que muchas veces las preguntas de las muchachas de la edad de Gret ponían en serios apuros a los padres.

—Supongamos que un muchacho quiere besarme... ¿debo permitírsele? — preguntó Gret valientemente, sin avergonzarse demasiado de la pregunta.

El padre tardó un momento en contestar, carraspeó y luego dijo:

—Si tú no lo deseas, no debes dejar besarte... Pero si el muchacho te gusta y sientes deseos de que te bese... será mejor que le permitas hacerlo. Verás, los besos son al amor lo que el termómetro a la fiebre... no puedes comprobar la gravedad del mal si no te lo pones... ¿Comprendes?

—Comprendo, papá. Eres un encanto de padre.

—Oye, Gret...

—¿Qué, papá?

—No lo olvides... El beso, como

el termómetro, si lo usas demasiado puede llegar a no servirte para nada. Conviene saberlo dosificar.

—Lo dosificaré, papá — aseguró Gret con un aire tan coquetón, tan travieso, tan simpático, que su padre se quedó sonriendo, pensando en los pobres muchachos que pulularían aquella noche en torno de su hija y a los que ella sabría manejar a su antojo con aquella su gracia infantil capaz de enloquecer a cualquiera.

Gret tuvo un exitazo en la fiesta. Estaba encantadora. Se la veía tan fresca, tan juvenil, tan atractiva que el Decano de la Facultad fué el primero en adelantarse a ella y, ofreciéndole el brazo, le dijo, rendidamente:

—Señorita Howe... he esperado pacientemente dieciocho años este momento... ¿me concede el primer baile?

Pero ya una nube de muchachos se adelantaba a Gret con la misma pretensión, mientras ella miraba a un lado y otro ahincadamente, como si sus ojos no encontraran lo único que venía buscando.

—¿Espera usted a alguien, señorita? — le preguntó el Decano sonriendo.

—¿No han llegado ya todos sus invitados, doctor?

—No, creo que todavía faltan bastantes...

—Señorita — les interrumpió un muchacho—, ¿puede concederme este baile?

—No, imposible—respondió Gret, riendo.

—Pues concédame a mí el segundo — dijo otro.

—El número tres para mí — rogó otro de los chicos.

—Y a mí resérveme, por lo menos, la mitad del número cuatro.

—¿Me deja ver su carnet para intentar encontrar un hueco en él para mí?

—No, no, lo siento, gracias, no puedo... — iba replicando Gret, sin querer comprometerse con nadie, porque ella sólo esperaba a uno.

El Decano la saludó rendidamente y le dijo:

—Veo que me toca las de perder. No se pueden esperar impunemente dieciocho años... Yo ya tengo canas y usted no es más que un capullo en flor... ¡Buena suerte, amiguita! Su mamá era también tan encantadora como usted cuando tenía sus años; y lo sigue siendo ahora que es su mamá... Creo que a usted le sucederá lo mismo.

Gret reía halagada, contenta, dichosa; pero no aceptaba ninguno de los bailes que le pedían todos los muchachos que iban llegando y

que se sentían atraídos por la resplandeciente belleza de la chiquilla.

Al fin su rostro adquirió mayor resplandor. En el salón acababa de entrar Pug con su aire tímido, de hombre del campo, deslumbrado por las luces y por la gente que bailaba sin cesar; sintiéndose intimidado para dar un paso por aquellos amplios salones por donde pululaba la multitud; temiendo hacer un ridículo o dar un paso en falso, cuando una voz simpática dijo a su espalda:

—¡Hola, buenas noches!

Se volvió y vió ante sí a una mujercita encantadora, dulce, suave, risueña, que le miraba con sus ojos claros y brillantes en los que había una chispita maliciosa y juguetona que daba mayor infantilidad a su rostro de chiquilla.

—Buenas noches — replicó Pug, un tanto desconcertado.

—Se me deshacen los rizos — dijo ella, arreglándose un poco ante el espejo su tocado—. Es la primera vez que me subo el pelo.

—Puede que por esto está tan bonita y tiene ese aspecto...

—¿Qué aspecto tengo? — inquirió la chiquilla al ver que Pug se quedaba en suspenso.

—Parece... como una pradera al amanecer, cuando el sol empieza a

dorarla y le da toda su jugosa belleza.

—¡Qué imagen tan bonita! ¿Tiene usted carnet de baile?

—¿Lo necesito?—preguntó Pug, al que no se le hubiera ocurrido jamás semejante idea.

—¡Claro que sí! Pero yo tengo uno de más... tome... —dijo Gret, entregándole su carnet con sus iniciales.

—¿Quién es M. H.? —preguntó Pug.

—Yo.

—¿Y quién es usted? —inquirió el muchacho, mirando fijamente a aquella criatura que le parecía maravillosa.

—Piénselo un poquito... y si no acierta a adivinarlo... yo le ayudaré. Mi hermano es amigo suyo... y yo soy muy torpe en problemas de geometría; y además tengo muy mala puntería...

—¡Oh...! —exclamó Pug, admirado, recordando a la niña a la que había ayudado a resolver unos problemas y con la que había jugado en el suelo del despacho, arrojando bolas de papel para discutir cuál de los dos tenía mejor puntería.

—¿Al fin se acuerda de mí? ¡Ya era hora!

—Está usted tan cambiada... —se excusó Pug, que cada vez se sen-

tía más atraído por aquella chiquilla deliciosa.

—Mire mi carnet... He dejado tres bailes libres... puede usted bailarlos con quien quiera, pero los demás los ha de bailar conmigo.

—¡Oh, gracias! —exclamó Pug, enlazándola por la cintura y lanzándose a bailar con frenesí, porque el baile era una de sus mayores ilusiones—. La verdad es que parece usted distinta vestida así... pero en el fondo es la misma niña que no entiende en geometría y que no sabe apuntar bien al blanco —rió Pug, encantado.

—¿Le molesta que sea así? —inquirió Gret con una carita un poco acongojada.

—¡Al contrario, me parece maravilloso! —afirmó Pug.

Siguieron bailando sin descanso, baile tras baile, sumidos los dos en aquel torbellino que los embriagaba y les hacía dichosos.

Cuando se cansaron salieron a la terraza a tomar el aire de la noche, suave y quieto, que les refrescó del bochornoso ambiente del salón.

Gret estaba encendida y rutilante, reía alocadamente y no cesaba de charlar, aturdiendo un poco la timidez invencible de Pug. De pronto se puso seria y le dijo:

—No se preocupe por mi carácter. Mejorará con la edad.

—¿Puedo confiar en ello? —inquirió Pug en tono de duda.

—Todo el mundo dice que soy exacta a mi madre... ¡y hay que ver la dignidad que tiene! Es la perfecta esposa de un médico.

—¿Eso es lo que usted desea llegar a ser? —preguntó Pug, interesado.

—Esto es lo que voy a ser —afirmó Gret sin vacilación de ningún género.

Pug rió con una franca risotada.

—¿Por qué le hace tanta gracia? —preguntó Gret—. Usted está decidido a ser médico, ¿no es verdad? Bien... pues yo he decidido casarme con un médico.

—¿Y cuando usted toma una decisión cree que no hay quien pueda impedirselo?

—Tengo mucha voluntad. A los siete años decidí aprender a tocar el arpa y dos años después ya daba un concierto. Cuando tenía doce años deseaba cruzar a nado el río con mi hermano... Estuve a punto de ahogarme tres veces, pero antes de acabar el veraneo lo atravesé... Y cuando tenía diecisiete...

—Ya está bien, no siga, estoy convencido de la firmeza de su voluntad, y lo lamento por el hombre a quien decida usted pescar, porque no habrá quien le salve de su decisión.

—Ya supongo que usted se resistirá un poco —dijo Gret con franca ingenuidad—. Pero no va a servirle de nada.

—¿Yo?... —inquirió Pug, que se puso encarnado como la grana ante aquel tiro tan directo.

—Claro, usted...

—¿No es este nuestro baile? —interrumpió él, porque estaba azaradísimo ante la franqueza de la niña.

—¡Bah, nos quedan muchos bailes más! Es mejor que sigamos hablando —respondió Gret que estaba ya en la vertiente de las confidencias y no quería interrumpir la conversación.

—Pero... señorita Howe... —balbució Pug muy turbado—, reflexione y piense que no soy más que un pobre estudiante de medicina...

—¡Bah... es igual! Así empiezan todos los médicos. Soy muy joven y esperaré todo el tiempo que sea necesario. Y ahora que ya sabe mi decisión irrevocable, vamos a bailar...

Pug se dejó llevar por la chiquilla. Era una mujercita deliciosa y se sentía muy feliz de sentirse llevado de la mano por ella, como un niño a quien enseñan el camino para que no pueda perderse.

En aquellas mismas horas la señorita Sussie, sola en su casa con

su fiel y viejo criado, preparaba el árbol de Navidad para cuando regresaran los estudiantes. Sólo uno de ellos se había quedado en casa: Bert, el extraño Bert, aquel chico que había venido desde China para cursar sus estudios.

Sussie le oyó bajar las escaleras y encaminarse a la puerta de salida. Desde lo alto de la escalera en donde se hallaba adornando el árbol, Sussie preguntó:

—¿Bert, te vas al baile, al fin?

—No, señora; no sé bailar; no me gusta el baile.

—¿Quieres ayudarnos a decorar el árbol, Bert?—ofreció Sussie con naturalidad, tratando de distraer un poco a aquel muchacho que siempre estaba triste, como lejano, como si no acabara de adaptarse al ambiente en que vivía.

—No, gracias, señorita Sussie... Creo que es mejor que salga a dar una vuelta.

—Como quieras, Bert... Buenas noches y hasta luego...

Bert salió a la calle y anduvo sin rumbo un gran espacio de tiempo hasta que inconscientemente llegó a la terraza de la Facultad que en aquellas horas de la noche ofrecía un apacible refugio a las almas ansiosas de soledad.

Allí, apoyada en la balaustrada, dominando un panorama magnífico

de la ciudad con las luces cabri-
lleando en el lomo del río, una mu-
chacha delgada, menuda, de cabellos
dorados y rostro finísimo, parecía
como perdida en la nostalgia de
sus recuerdos. Sus labios pronun-
ciaban nombres y más nombres de
ciudades:

—Pocono... Nanticoke... Niu-
Mercer Harley, Merlin Talls... Bar-
rivil...

Bert le preguntó, interrumpién-
dola:

—¿Barrivil es donde usted vive?

La joven se sobresaltó al escu-
char aquella voz tan cerca de ella
y miró al desconocido:

—¿Cuánto tiempo lleva usted
aquí?

—Acabo de llegar, no se asuste.

—Habría creído que estoy loca...
Estaba enumerando las paradas del
tren hasta mi casa, como lo hace
Larkin, el conductor.

—No, no he creído que estaba
usted loca. Adiviné en seguida lo
que estaba usted haciendo.

—¿Y cómo sabe que vivo en Bar-
rivil?

—Por el modo como ha pronun-
ciado este nombre... Había en su
expresión afán de verse allí, de sen-
tirse en su casa, de acercarse a los
suyos por el solo hecho de pronun-
ciar el nombre de su pueblo... A mí
me pasa lo mismo.

—Es la primera Nochebuena que
paso fuera de mi hogar — explicó
ella muy entristecida.

—También yo es la primera vez
que la paso lejos de casa.

—En la mía somos una familia
muy numerosa: cuatro chicas y
tres chicos. Siempre, a esta misma
hora, estábamos sentados alrededor
de la chimenea desgranando maíz.
Lo empleábamos para decorar el
árbol de Navidad.

—Yo jamás he celebrado una No-
chebuena — murmuró Bert con
amargura.

—¿Nunca? ¿Cómo puede ser? Yo
creía que todo el mundo...

—En todo el mundo... menos en
China — explicó Bert.

—¿En China?

—Es donde vivo. Mi padre es mi-
sionero.

—¿Qué lejos está usted de su fa-
milia! — exclamó ella, compade-
ciéndole.

—A diez mil millas... Es una
cosa curiosa... En realidad mi Pa-
tria es ésta, y yo no la había visto
hasta ahora; y me parece que mi
Patria es China, porque allí crecí y
allí me eduqué.

—Fíjese, allí en el puerto... un
barco que va a azarpar — señaló
ella con la nostalgia del que anhela
alejarse, del que el alma se le va

tras el barco que zarpa o el tren
que parte.

Los dos se quedaron mirando ha-
cia la lejanía, suspensos ambos en
sus recuerdos, en la melancolía de
la ausencia supersensibilizada en
aquella noche de Navidad en que la
soledad se hace siempre más dolo-
rosa.

—Cuando estaba en China — di-
jo Robert, como si hablara consigo
mismo — no veía la hora de venir...
y hoy no deseo nada más que vol-
ver...

—¿Por qué ha venido a un país
tan lejano? — inquirió ella.

—He venido a estudiar. Necesito
estudiar mucho antes de volver allá.

—¿Piensa volver a China?

—Sí; en cuanto sea médico.

—¡Médico! — exclamó ella con
una sonrisa de simpatía.

—Allá seré el único médico en
quinientas millas a la redonda. A
todos aquellos desdichados no hay
nadie que les asista. Tienen que
morirse por falta de medios de cu-
rarse. Y yo quiero hacer por ellos
todo cuanto la ciencia me enseñe.

La muchacha le miró largo rato
y luego le preguntó con una voz
alterada:

—¿Pero de veras es usted estu-
diente de medicina?

—Sí; ¿qué hay de malo en ello?

—¿De malo? Estamos cometien-

do una imprudencia. No podemos seguir hablando en este sitio.

—¿Por qué?

—Es contrario al reglamento. Si me encuentran aquí hablando con usted seré despedida sin contemplaciones.

—¿De qué reglamento habla? — preguntó Bert, mirando extrañado a aquella muchacha que estaba hecha más de espíritu que de carne.

—Estudio para enfermera y nuestro reglamento es muy severo... Lo siento mucho, pero... buenas noches.

—Por favor... no se vaya — suplicó Bert que se sentía muy bien en compañía de la gentil joven.

—Es preciso... — insistió ella.

—Hoy es una excepción... Es Nochebuena, ¿no comprende? No se vaya, se lo suplico... Desde mi llegada a esta ciudad no he hablado con nadie como estoy hablando con usted. Los dos nos hemos comprendido muy bien. Los dos pasamos por el mismo estado de ánimo en esta noche solemne.

Ella vaciló un momento, miró con honda simpatía al muchacho y murmuró:

—Todos me llaman Nan... Por esta noche voy a faltar al reglamento.

—Gracias.

Un rato estuvieron silenciosos,

como si la decisión de continuar la charla les hubiera quitado toda inspiración. Al fin ella rompió aquel silencio.

—Hábleme de China. Debe ser un país extraño.

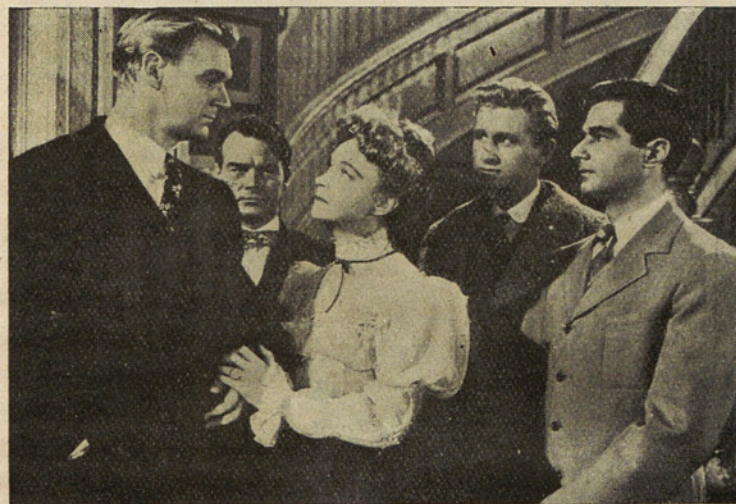
—Es algo diferente, que no puede llegar a explicarse. El pueblo es el mismo que en todas partes; sufrido, abnegado, trabajador; un poco más pobre que en otros países. Eso es todo—explicó Bert escuetamente, porque era de pocas palabras y porque, además, le dolía explicar toda la miseria y pedregumbre del pobre pueblo chino.

Nan lo comprendió así. Comprendió que Bert no hablaba por recato, que no quería contarle la abnegación que suponía para un misionero dedicar toda su existencia a gentes tan lejanas, tan miserables, tan sumidas en la ignorancia. Le puso una mano sobre el brazo y le dijo, alentándole con su mirada dulce y serena:

—Debería usted contar más cosas de aquella tierra. Esto le haría bien; pero ya comprendo que hoy es demasiado pronto. Apenas me conoce. ¿Sabe usted hablar chino? Me gustaría que me dijera algo.

Bert la miró largamente con su mirada honda y grave y le dijo:

—Che-che, nee pay Wo...



—Todos mis amigos me llaman Pug.
Fotografía "Paramount"



—¿Qué tal va el jardín de la infancia?
Fotografía "Paramount"



En el bar fueron recibidos por Otto...
Fotografía "Paramount"



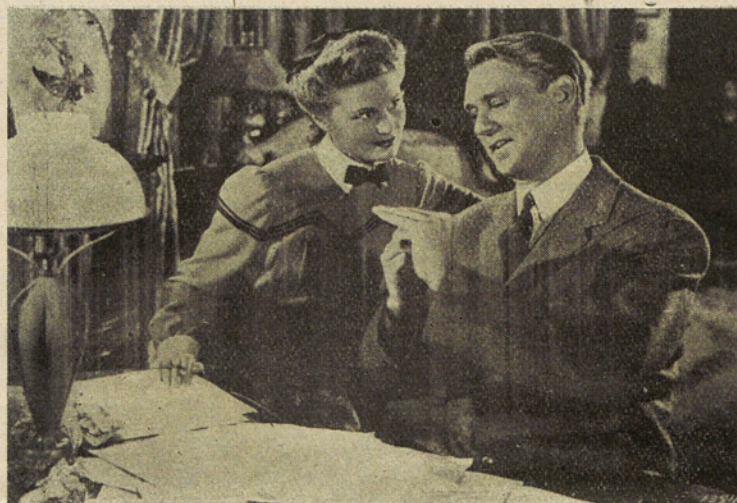
... estaba tan borracho que no se sostenía en pie.
Fotografía "Paramount"



Bebieron a la memoria del padre de Silas.
Fotografía "Paramount"



Le miraba encandilada ante aquel rostro de hombre tan ingenuo...
Fotografía "Paramount"



Ella no miraba las figuras geométricas que él iba trazando con la mano.
Fotografía "Paramount"



—Deja que te arregle un poco la corbata...
Fotografía "Paramount"



Siguieron bailando sin descanso, baile tras baile.
Fotografía "Paramount"



...suspensos Nan y Bert en sus recuerdos.
Fotografía "Paramount"



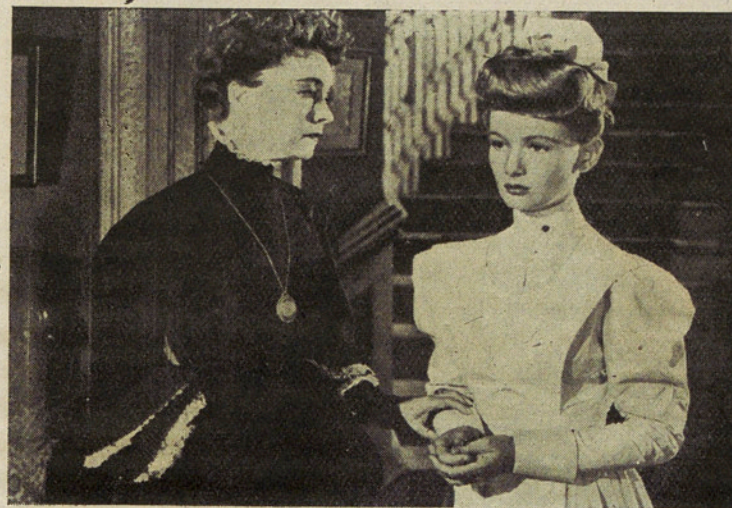
Los compañeros de Lije querían hacerle reaccionar, ayudarlo...

Fotografía "Paramount"



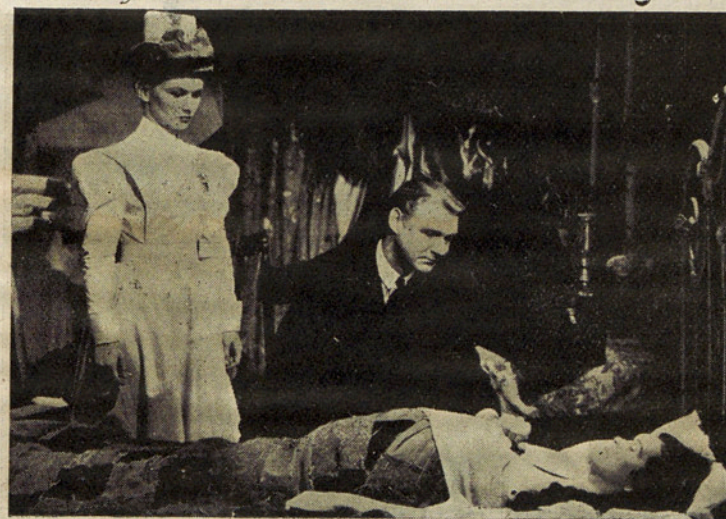
—¡Está siempre tan nervioso, inquieto, agitado!...

Fotografía "Paramount"



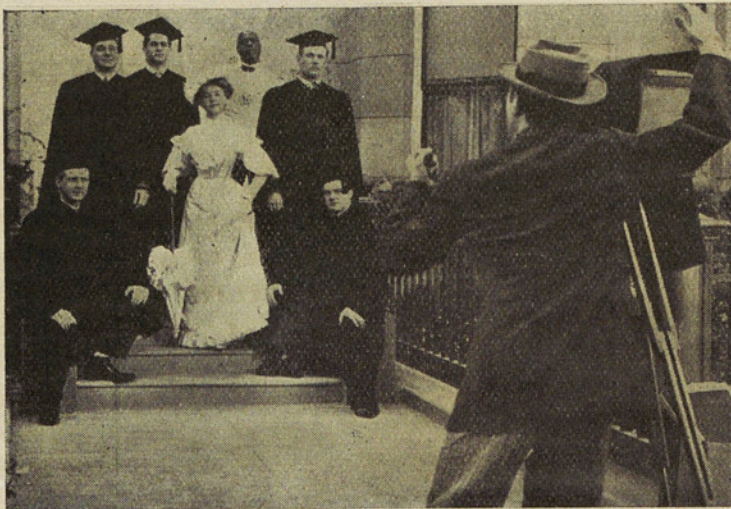
Cuando Nan llegó ya estaba muerto.

Fotografía "Paramount"



—¿Cómo se encuentra, señora?

Fotografía "Paramount"



El fotógrafo hizo la foto del grupo de muchachos que habían terminado la carrera, presididos por la señorita Sussie.

Fotografía "Paramount"



—No me perderá jamás, señorita Sussie — contestó Pug con sinceridad.

Fotografía "Paramount"

P E N S I O N E S H I S T O R I C A

—¿Y esto qué quiere decir? — tiene algo que ver con tus pobres

—Muchas gracias por haberse resultados —dijo Howe, sin acabar quedado—replicó Bert, estrechando de comprender a su hijo. la mano de Nan.

* * *

En el despacho del doctor Howe se hallaba éste examinando las notas trimestrales de su hijo Lije, las que no le dejaban por completo satisfecho. Una a una iba examinando las papeletas:

—Anatomía... histología... fisiología... química...

—Papá, ya ves que te he dejado en mal lugar con mis notas—murmuró Lije contrariado.

—No tiene importancia, hijo mío. Vamos ahora a estudiar juntos la razón del por qué son tan malas y cómo podríamos mejorarlas. No te preocupes por mí. Yo lo único que quiero es ayudarte.

—Eso que tú propones no es tan fácil como parece—respondió Lije con un acento duro que extrañó a su padre.

—¿Qué pretendes insinuar con eso?—le preguntó, mirándole fijamente.

—Sencillamente: que no puedo dejar de pensar en ti, que eres el profesor Jefe de la Facultad de Medicina.

—Pero no querrás decir que eso

tiene algo que ver con tus pobres resultados —dijo Howe, sin acabar de comprender a su hijo.

—Pues sí, papá, esto es precisamente lo que he querido decir. Todos me miran como a hijo tuyo... sin querer concederme una personalidad... Soy nada más que el hijo del doctor Howe.

—Conocías de antemano este "handicap" cuando decidiste estudiar medicina.

—No fui yo quien tomó esta decisión. Fuiste tú, siempre tú dominándome con tu personalidad arrolladora que ha anulado por entero la mía. Tú, que cuando yo contaba cinco años solamente, ya me hacías asistir a tu clase. ¡El gran Howe era mi padre y todos me admiraban! Yo estaba destinado a ser médico, como tú...

—Escucha, Lije — interrumpió Howe, dolido por las palabras de su hijo—. Mi padre era un modesto comerciante. Cuando yo ingresé en la Facultad de Medicina tuve que trabajar para ganar cada centavo con que pagar mis estudios. Tu carrera te resulta bastante más fácil que lo fué la mía. De eso puedes estar bien seguro.

—¡No tiene nada que ver con el dinero lo que yo digo, papá! Yo me refiero a que nadie ha reparado en mí, sino bajo el aspecto de hijo

tuyo. ¡Nunca comprenderás lo que esto significa!

—Sí, lo comprendo—murmuró el doctor Howe, bajando la cabeza y comprendiendo perfectamente lo que pasaba por el alma de su hijo, en plena efervescencia de la juventud que no le permitía razonar con calma las enormes ventajas que podía reportarle ser hijo de su padre, aunque ahora no viera él en ello más que dificultades y aver-sión.

—Incluso llevo el mismo nombre que tú, para que mi impersonalidad sea mayor.

Howe se irguió, miró a su hijo severamente y le dijo:

—Eres injusto, vago e indisciplinado... y si de algo soy culpable es de haberte dejado llegar a ese extremo...

—Pues qué crees... ¿que es una canongía ser el hijo de un médico famoso? —insultó Lije, sin darse cuenta del daño que sus palabras producían a su padre.

Con calma perfecta, el viejo doctor replicó:

—Nada, en este mundo, resulta una canongía cuando empezamos a vivir. Y eso es lo que tú debes de aprender desde hoy. Basta de lamentaciones y de compadecerte de tus propias dificultades. Todos hemos tenido dificultades en los co-

mienzos de nuestra carrera. Si has decidido no seguir estudiando medicina, deja la carrera y emprende la que mejor te apetezca, la que mejor haga resaltar tu propia personalidad —y recalcó mucho estas palabras—. Y si crees que el vivir a mi lado te perjudica, vete lejos de mi casa, vive por tu cuenta, instálale donde quieras y estudia lo que mejor te apetezca. La vida nos la hemos de hacer nosotros mismos. Nadie puede dárnosla hecha.

—Está bien. Me marcharé de casa. Así no seré una rémora para ti y tú no serás un estorbo en mi camino...

Salió sin despedirse de su padre. Cuando iba a salir a la calle se encontró con Gret y Pug que volvían del baile. Venían los dos muy contentos y dichosos y se decían todas esas naderías de las que están hechas las primeras horas del amor, naderías que sólo pueden escuchar los oídos enamorados y balbucir los labios a los que el amor inspira.

Gret miró a su hermano con sorpresa.

—¿Dónde está papá? —le preguntó.

—Es igual que si yo no tuviera padre, Gret. Acabo de romper con él.

—¿Pero qué estás diciendo?

¿Por qué no has ido al baile del Decano?

—Abandono este delicioso hogar para siempre, Gret —replicó Lije en tono patético.

—No digas tonterías. ¿Qué ha pasado entre papá y tú?

—Nada... Dile a mamá que no se preocupe por mí...

—¡Bah, no seas loco, Lije!—suplicó Gret sin dar importancia a la cuestión—. Has discutido con papá y ahora estás enfadado. Yo lo arreglaré todo mañana. Entra conmigo.

—No. Esta es una cuestión que ni tú misma podrás arreglar—aseguró Lije con un tono que alarmó a Gret, porque comprendió que su hermano decía la verdad.

—Bien... pero, ¿dónde vas a ir?

—No tengo la menor idea. Lo que sí sé es que jamás volveré a entrar en esta casa.

—¿Por qué no vas a casa de la señorita Sussie con Pug?—sugirió Gret muy contenta—. Es una solución magnífica, ¿verdad?

—Creo que es la mejor de todas —aseguró Pug—. Puede dormir con Clay.

—Acepto... sólo por esta noche... si es que crees que a la señorita Sussie no le va a molestar.

—Tú sabes perfectamente que haría cualquier cosa en el mundo...

—... por el hijo del doctor Ho-

we —concluyó con amargura Lije.

—No; por un amigo mío—corrigió Pug, cogiéndole del brazo—. Anda, vamos.

—Vamos... Adiós, Gret.

—Adiós, Lije. Yo sé que volverás. Eso no es más que una chiquillada... Hasta pronto, Pug.

Gret les vio alejarse y luego cerró la puerta con tristeza. No le gustaban los disgustos familiares y era ella siempre la que imponía la paz; pero hoy comprendía que aquella paz tardaría algún tiempo en volver a reinar.

Pug entró en la pensión de Sussie adoptando toda clase de precauciones. Impuso silencio a Lije y le rogó que subiera la escalera con el máximo cuidado a fin de que la señorita Sussie no se enterara de que traía un huésped sin su permiso y tan a deshora.

Pero la señorita Sussie estaba en la cama leyendo tranquilamente una novela que la apasionaba. Oyó cómo se abría la puerta, reconoció los pasos de San Jorge y se dio perfecta cuenta de que venía acompañado de otro muchacho. Cuando pasaban frente a la puerta de su cuarto llamó en voz alta:

—¡San Jorge!

—Dígame, señorita Sussie —replicó el muchacho, parándose en

seco y un poco asustado, temiendo una reprimenda.

—Encontrarás toallas para tu invitado en el armario de arriba. La cama del cuarto de Clay está limpia. Creo que dormirá bien allí.

Pug sonrió y dió un suspiro de alivio:

—Gracias, señorita Sussie... y buenas noches.

—Buenas noches, San Jorge... y la compañía...

* * *

Llegó la época terrible de los exámenes. Los muchachos estaban nerviosos, estudiaban horas y horas, pasaban el día en la Facultad y la noche en sus habitaciones, repitiendo todo lo que habían estudiado durante el curso, queriendo recordar una a una todas las explicaciones de los catedráticos, adivinar la pregunta que se les haría en el momento del examen, saber si aprobarían el curso o si saldrían del aula con el suspenso en la mano.

La pensión de la señorita Sussie en aquellas últimas semanas de curso era un hervidero de ideas, de discusiones entre los huéspedes, de preguntas hechas unos a otros para aclarar dudas y solventar cuestiones que quedaban un poco confusas.

Sussie tenía paciencia inagotable en aquellos días. Conocía la fiebre que se apoderaba de los estudiantes en época tan trascendental y les dejaba que estudiaran toda la noche y que toda la noche sus discusiones pudieran escucharse a través de todos los tabiques.

Muchas veces, mediada la noche, preparaba ella misma un café fuerte, negro, fragante, y se lo hacía servir a los muchachos por Hizer, que subía con las tazas en una bandeja y las iba repartiendo por las habitaciones en las que los chicos estaban a medio vestir, desgredados, en las posturas más inverosímiles, tendidos en la cama, sentados al borde de la mesa, o en una silla hundidos, con las piernas en alto apoyadas en la pared.

—Hizer, súbale esto y dígame cómo están los chicos—dijo Sussie, al entregar al negro el café que ella misma había filtrado—. En particular dígame cómo está Lije. Ese chico me tiene preocupada.

—Sí, señorita.

Subió el negro, fué dando a cada uno su taza, que tomaban sin levantar los ojos del libro, balbuciendo un gracias débil, para que su imaginación no se distrajera de lo que era el centro de sus pensamientos en aquellos instantes.

—¿Cómo se encuentra, señorito

Lije? — preguntó a Howe cuando le entregó su taza de café.

—No muy bien, Hizer. No puedo meterlo todo en mi dura cabeza. Creo que me he quedado demasiado atrás durante el curso y ahora no puedo saberlo todo a la vez... Y lo más gracioso es que ahora daría la mitad de mi vida por aprobar el curso...

Hizer les dejó de nuevo solos. Los chicos continuaban estudiando ahincadamente y todos, ahora, se dedicaban a ayudar a Lije a estudiar aquello que le resultaba más difícil, las lecciones en las cuales estaba más flojo y tenía más dificultad en comprender.

—¿He dicho cirrosis hipertrófica biliar?—preguntó Lije, admirado de haber recordado aquellas palabras que le resultaban tan enrevesadas.

—Sí, has dicho esto; lo has dicho muy bien—aseguró Clay.

—¡Caramba, yo mismo me sorprendo!

—¿Qué sabes de la hemocrematosis?—le preguntó Pug.

—No sé. No sé nada de este tema. Se me ha olvidado todo—murmuró Lije llevándose las manos a la cabeza con desesperación.

—No te intranquilices, hombre. Deja este tema y pasemos a otro. Luego éste te vendrá a la imaginación cuando menos lo esperes...

Vamos a ver, ¿qué aspecto presenta al microscopio esa enfermedad del hígado?

Lije se llevó las manos a la cabeza. Sudaba copiosamente. Era como si se le hubieran borrado del cerebro todas las lecciones aprendidas. No se acordaba de nada. Estaba nerviosísimo.

Sus compañeros querían hacerle reaccionar, ayudarle en aquello, recordarle todo lo que él había olvidado; pero era inútil el esfuerzo, pues la tensión nerviosa de Lije era tan grande que no podía en modo alguno coordinar sus ideas.

—Por favor—suplicó con el gesto cansado y la voz ronca—, dejadme solo. Id a acostaros. Todos estáis muertos de sueño y hacéis un esfuerzo excesivo por mí, esfuerzo al que yo no puedo corresponder, porque mi cerebro es de estopa... Estudiaré solo toda la noche. Dejadme, por favor.

—No nos importa nada velar contigo—aseguró Bert, que hubiera deseado ardientemente ayudar a su compañero—. Si ha de servirte de ayuda no veo la razón de que nosotros durmamos mientras tú estudias.

Lije insistió. No quería sacrificar más a sus compañeros y prefería sufrir él solo la tortura de aquella noche que obligarles a ellos

a sufrirla también. Tanto insistió que cada uno fué a su cama, durmiéndose aniquilados por la fatiga y por la angustia de los exámenes del día siguiente.

Lije se paseaba nerviosamente estudiando sin cesar. Quería triunfar en el examen. Quería demostrar que valía, que no había sido improductivo el esfuerzo de todo el curso, que sin ser el hijo de Howe podía también aprobar por su propia inteligencia y por la constancia de sus estudios. Pero el cerebro estaba cansado, enfermo y no lograba encontrar las ideas ni ver claro en las lecciones que estudiaba ahincadamente.

Ya de madrugada, Hizer subió a decirle que la señorita Sussie le estaba esperando en el salón y que le suplicaba bajara a hacerle compañía.

—¿A estas horas está todavía levantada la señorita Sussie?

—Sí... dijo que tenía insomnio y está cosiendo.

—¿Y desea hablar conmigo ahora mismo?—inquirió Lije extrañado.

—Dice que así le hará usted compañía.

Lije bajó. Sussie cosía tranquilamente sentada en su butaquita predilecta, como si mediara la tar-

de y no fueran altas horas de la noche.

—¿Desea hablar conmigo, señorita Sussie?—preguntó Lije.

—Sí; venga, siéntese a mi lado. Quisiera pedirle que no estudiara más esta noche; que se vaya a la cama y duerma tranquilo.

—¿Pero es que mañana son los exámenes! — exclamó Lije enervado.

—Ya lo sé. Precisamente por eso le aconsejo que no estudie más.

—Pero, señorita... — protestó él sin comprender.

—Escucha, hijo mío — a la señorita Sussie le gustaba tutear a sus muchachos cuando les hablaba en tono confidencial—. Has trabajado cuanto has podido durante todos estos meses, y lo que ya no sepas ahora no puedes aprenderlo en una noche. Créeme, Lije, acuéstate y duerme. Mañana te sentirás con las ideas frescas y nuevas. Vas a hacerme una promesa formal. Hizer te está preparando un ponche muy caliente. Te lo subirá dentro de cinco minutos. Quiero que te lo tomes, que te acuestes y que duermas. ¿Lo harás, Lije?

—Lo haré — aseguró el muchacho, vencido por la dulzura de Sussie, en cuya voz había un bálsamo especial y cuya mirada infundía se-

renidad y valor en cualquier momento de la vida.

—Además, Lije, hay una cosa con la cual no has contado—añadió la señorita Sussie—, y que es la que te va a salvar mañana.

—¿Cuál?

—Que ahora eres uno de mis pensionistas y ninguno de ellos fracasó jamás. Es el mayor orgullo de esta pensión y es, también, como una mascota para mis estudiantes: el que entra aquí no puede fracasar.

Lije sonrió y subió a su habitación. Se tomó el ponche que Hizer le sirvió y se durmió con un sueño pesado lleno de pesadillas. Su cerebro sobreexcitado repetía en sueños una y mil veces la lección que tanto le costaba aprender. Lo decía y volvía a decir, como una mulletilla de la que no pudiera librarse. Era una idea fija que daba vueltas sin cesar en el cerebro y repetía su imagen en un torbellino agotador.

Se levantó cansado, desmadejado, como si saliera de una larga enfermedad y en aquel estado de ánimo se presentó ante el Tribunal de exámenes.

Los catedráticos querían ayudar al muchacho. Se trataba, nada menos, que del hijo del doctor Howe y por nada del mundo hubie-

ran querido tenerle que suspender.

El mismo doctor Howe les había recomendado que hicieran con su hijo la más estricta justicia, sin preocuparse en absoluto del nombre que llevaba. Quería que el muchacho se hiciera hombre por sus propios medios; si no hacía un buen examen debían de suspenderlo. El no sería del Tribunal para no influir ni en la conciencia del muchacho ni de los catedráticos. El examen había de ser rigurosamente liberal.

Lije se sentó ante la mesa del tribunal. Estaba intensamente pálido y tembloroso. Le hicieron varias preguntas a las que contestó torpemente. Los catedráticos buscaban el modo de ayudarle, pero el muchacho parecía hallarse a mil leguas del lugar en que se encontraba y no tener ni la más remota idea de lo que se le estaba preguntando.

—Vamos a ver, serénese un poco. Le haremos otra pregunta. No es posible que su asistencia asidua a las clases no haya dado un feliz resultado—le dijo uno de los catedráticos. Y le preguntó precisamente aquella pregunta difícilísima con la que se había debatido toda la noche, aquella pregunta a la que en sueños había estado contestando con insistencia, repitiendo mil veces las mismas palabras.

Vaciló un momento antes de contestar, cerró los ojos como si sintiera mareo y de pronto sus labios se despegaron y las ideas fluieron rápidamente, explicando con claridad y detenimiento todo el proceso de aquella enfermedad que durante la noche le había parecido imposible de aprender y que ahora veía claramente y, por ello mismo, podía explicarla como el más perito en la materia.

Los catedráticos le escuchaban maravillados, y el doctor Howe, que se hallaba medio escondido entre las estanterías de la biblioteca para escuchar desde allí el examen de su hijo, sonrió también con sonrisa inefable, aunque sus ojos se le llenaron de lágrimas de emoción.

Tuvo sobresaliente. El examen había sido magnífico. Ninguno de los alumnos había contestado con aquella precisión, aquel detalle, aquella claridad. Cualquier profesor no hubiera explicado mejor todo el proceso de la enfermedad y sus características hasta en sus menores detalles.

Los estudiantes celebraron estruendosamente el éxito obtenido, y, claro, el lugar adecuado para aquella explosión de júbilo fué el bar de Otto, que les abrazaba y les felicitaba a medida que iban llegando agitando en sus manos vic-

toriosas la nota que acababan de recibir.

—¡He aprobado!

—¡Tengo Notable!

—¡Aprobado, aprobado!

Todos gritaban a un tiempo, se abrazaban, brindaban y vaciaban a porfía vaso tras vaso de espumante cerveza que Otto les iba sirviendo pródigamente.

También llegó Lije con un rostro transformado.

—¿Sabéis la novedad, muchachos? ¡He aprobado!—gritó lleno de júbilo.

—“Hemos” aprobado — acentuó Clay, que venía con él.

—¡Bien, muy bien, estupendo!— exclamó Ben abrazando a los dos compañeros—. Recuerdo todavía lo que sentí cuando aprobé mi examen de segundo año. ¡Sí, señores, entonces me pareció la cosa más importante... y ahora veo que hay cosas mucho más importantes que aquello! — exclamó Ben, dándose mucha importancia.

—¿Qué te pasa, Ben?

—Pssssché... Poca cosa. He tenido una larga conferencia con el Decano de la Facultad.

—¿Con el Decano? — inquirió Pug, admirado de tanto honor.

—¿Y de qué habéis hablado?— preguntó Silas.

—Quiere que empiece mis prácticas de cirujano. Eso es todo.

—¿De veras? ¡Eres grande!

—¡Felicidades!

—¡Estupendo, Ben! Te felicito.

Todos le hablaban a un tiempo y todos le abrazaban, porque aquel acontecimiento era, en verdad, el más grande de la carrera... ¡Empezar las prácticas! ¡Verse con el bisturí en la mano y tener que actuar en un cuerpo vivo, como habían actuado hasta entonces en los cadáveres! ¡Salvar una vida en lugar de hurgar en la muerte! ¡Oh, aquello sí que era trascendental y maravilloso!

—¿Y en qué hospital harás las prácticas?—preguntó Lije interesadísimo.

—Aquí mismo, en el hospital de la Facultad, al lado del Decano — replicó Ben con orgullo, pero con aquella vis cómica que daba siempre a todas sus cosas y que le había hecho popular en la Facultad.

—¡Oh, Ben, te felicito! — dijo Otto, alzando de nuevo su vaso de cerveza—. No todos tienen la suerte de hacer sus prácticas aquí mismo.

—Ya lo sé. De cada veinte uno tiene esta chiripa... ¡y ese uno he sido yo por esta vez! — explicó Ben—. El Decano lo ha dicho. Es una buena persona el Decano. Otto,

invita a los muchachos en mi nombre mientras yo voy a llamar a mi novia... Esta ronda de cerveza es cuestión mía. ¿Quién tiene seis peniques para el teléfono?—pidió. Y mientras le llovían los céntimos de todas partes, comentó—: Me imagino que la pequeña se pondrá muy contenta al saberlo.

Pidió el número a la central y mientras esperaba la comunicación iba hablando, desde la cabina, a sus amigos:

—Ahora las prácticas... y en seguida me nombrarán interno... y entonces... ¡Bueno, ella y yo hemos esperado mucho tiempo este instante y será el momento de realizar todos nuestros proyectos! Nos casaremos y vosotros vendréis a vernos los sábados por la noche y beberéis cerveza con nosotros. ¡Puede que también os deje jugar con los niños!

Cerró la puerta de la cabina porque ya le daban la comunicación. Los muchachos aprovecharon el momento para ponerse a cantar su himno, con la alegría que les daba su juventud, sus ilusiones y la realidad de haber aprobado un nuevo curso en la carrera a la que se dedicaban con ese espíritu animoso del que sigue una verdadera vocación.

Cuando Ben salió del teléfono

tenía una expresión cambiada. No podía decirse que estuviera triste pero sí decepcionado.

—¿Has hablado con ella? — le preguntaron.

—He hablado con su madre. Ella se casó la semana pasada con un chico que trabaja en un Banco... un amigo mío... Pinky Burtorson... ¡Qué le aproveche!

Y para celebrarlo se bebió de un solo trago un nuevo vaso de cerveza.

En aquella misma hora Bert había ido al encuentro de Nan, de aquella chiquilla buena y suave que también sentía la nostalgia de la lejanía del hogar y a la que esta misma nostalgia le había unido en un íntimo sentimiento.

—¡Nan!... ¡He aprobado todo el examen!—le dijo, corriendo a ella con las manos tendidas.

Ella las estechó entre las suyas y contestó con calma serena:

—Claro que has aprobado. Es natural.

—¿No te admira?

—No. Estaba segura de que aprobarías—afirmó ella.

—¿De veras?—exclamó Bert, mirándola con una intensa mirada de agradecimiento.

—De veras; no lo dudé ni un instante.

Bert se quedó en silencio. Nan

no le interrumpió. Sus almas se comprendían sin hablarse. Eran dos seres creados el uno para el otro, un poco enigmáticos, un poco lejanos de todo lo mundanal, entregados los dos ardientemente a su profesión que ostentaban como un sacerdocio y a la que lo sacrificaban todo sin darse cuenta de ello siquiera, porque lo hacían con toda su alma.

—Nan...—comenzó diciendo Bert después de aquel largo silencio—. ¿Te he explicado alguna vez por qué he venido aquí?

—Sí. Me dijiste que querías obtener el doctorado.

—Sí... Salí de China asegurando a mi padre que volvería con el título de doctor y con una...

Se quedó en suspenso, sin atreverse a terminar la frase, mirando a Nan profundamente.

—¿Una qué...?—inquirió ella con dulce sonrisa.

—Una esposa... Nan, ya sé que es un enorme sacrificio aceptar lo que yo puedo ofrecer. El pueblo donde vivimos allá, en China, es un pequeño villorrio, ¡pero la gente es tan buena y queda tanto trabajo que hacer! Yo solo no podría realizarlo si no te tengo a ti a mi lado, a ti que sabes alentar con una mirada y que una sola de tus sonri-

sas da ánimo en los momentos de mayor desolación.

Nan sonrió con su sonrisa buena y luego preguntó:

—¿Me quieres, Bert?

—Te quiero, y tú lo sabes mejor que yo mismo.

—¿A qué distancia está China de Pensilvania?

—A unas diez mil millas. Es la mitad del camino de la vuelta al mundo. El pueblecito está en lo alto de una colina, lejos de todos los pueblos, y allí no se puede hacer otra cosa más que trabajar, trabajar sin descanso. No hay hospital, no hay ningún confort, y lo que es peor aún, no hay dinero. Es preciso trabajar abnegadamente, por amor al prójimo, por el sentimiento del deber, por la conciencia de aliviar el sufrimiento humano... por todos estos sentimientos elevados, casi infrahumanos, en los que no tienen cabida el egoísmo ni el interés. La vida allá está toda hecha de sacrificios. No sé cómo he podido pensar que me dirías que sí.

—¿Habrá algún médico allí, verdad? — preguntó Nan simplemente, con la mayor sencillez.

—Uno solo... cuando yo llegue.

—Eso es todo lo que preciso—afirmó Nan, apoyando su cabecita dorada, suave y hermosa en el pecho del muchacho.

No habían necesitado de mayores explicaciones para entregarse enteramente el alma, la vida y el corazón el uno al otro. Serían él para ella, ella para él, y los dos para los desdichados dolientes de aquel lejano país que les confiarían todas sus miserias. Y encontrarían la dicha no sólo en su mutuo amor, sino en su abnegación y su sacrificio en favor de aquellos hermanos abandonados de todo auxilio y alejados de toda ayuda.

* * *

Ahora ya comenzaban a trabajar como si fueran en realidad médicos consagrados. El título de doctor, flamante y nuevecito, acreditaba que sus estudios habían sido concienzudos y eficaces; pero ahora la práctica les había de enseñar todo cuanto la teoría no puede enseñar jamás. Y el profesor estaba al lado de ellos para vigilarles, corregirles y orientarles, allá, en el dispensario del hospital, donde acudían todos los días centenares de enfermos con las más diversas y complicadas enfermedades.

Antes de comenzar la visita el doctor les dijo a los muchachos:

—El tercer paso de la carrera de medicina y uno de los más fundamentales, es el diagnóstico. Re-

quiere que empleéis vuestros mejores sentidos en la observación... el olfato, el oído, la vista, el tacto... y el sentido común, es decir, el razonamiento sereno y sin complicaciones. Sin esto el resto de la medicina no sirve para nada.

—¿Y nos pagarán algo por las visitas que hagamos?—se atrevió a preguntar Bert, admirado de sí mismo al pensar que ya iba a actuar como un verdadero doctor.

—Si pueden, pagan cincuenta centavos; y si no pueden, no pagan nada. En el dispensario no se cobra ningún trabajo médico. ¡Ah! y no necesito decirles que no exponemos nuestra opinión delante del paciente. Bien, ahora que ya están preparados, vamos a ellos.

Entraron en el despacho de consulta y comenzaron a desfilar los pacientes; quien venía con anginas, otro con reumatismo, otro se quejaba de fuertes dolores de estómago o de cabeza; y cada uno exponía prolijamente todo lo que le atormentaba y le hacía sufrir.

Una madre que venía con su hijo, muchacho de diez a doce años, se quejaba angustiadamente:

—¡Está siempre tan nervioso... inquieto... agitado! Fíjese qué pálido está; y no quiere comer nada...

El doctor lo examinó y los alumnos también, muy concienzudamen-

te para poder después exponer su opinión.

—No es nada, señora. Ya puede vestir al niño en esa otra habitación—le dijo el doctor.

Y cuando se quedó solo con sus alumnos, les preguntó:

—Bien, ¿qué opinan ustedes de este caso? ¿Cuál es su diagnóstico?

—Yo creo que debe ser cosa de las tiroides?—indicó Lije con aire de gran científico.

—Pues yo me inclino a pensar que es una oscura infección crónica posiblemente producida en las glándulas misenténeas linfáticas—arguyó con gran prosopopeya Clay.

—Y usted... ¿qué opina?—inquirió el doctor dirigiéndose a Silas.

—Eso no son más que lombrices—afirmó con aplomo—. Simples lombrices.

—¿Cómo lo sabe?—preguntó el doctor, admirado de la seguridad del diagnóstico.

—Mi padre era médico rural y yo le acompañaba en sus visitas. Este caso ha pasado ante mí centenares de veces...

Un bedel vino a llamar a Pug diciéndole que le esperaban en el despacho del doctor Howe y que se presentara en el acto.

Pug se extrañó, pero corrió allá

creyendo que el doctor Howe tenía algo importante que decirle. El corazón le palpitaba violentamente, porque Howe imponía respeto a todos los estudiantes. Pero la que le estaba esperando era la traviesa Gret, vestida de señorita mayor, muy elegante y luciendo todo el encanto femenino de su personalidad acusada en la que la infancia se mezclaba armoniosamente a la juventud.

—¡Hola, Gret!... ¿Dónde está su padre?—le preguntó, muy turbado.

—¿Le gusta mi vestido nuevo?—preguntó ella, sin contestar a la pregunta que él le dirigía.

—Sí, me gusta mucho. ¿Cómo no? Siempre me ha encantado el color azul.

—Pero si no es azul... sino negro...

—Pues negro... ¡lo mismo da!... ¿Dónde está su señor padre?—insistió Pug.

—No lo sé—replicó Gret, sonriendo con mucha malicia.

—Pero si me ha mandado llamar...

—No; no le ha llamado él; le he llamado yo.

—¿Usted?

—Sí, yo. ¿Y qué?

—¿Me va usted a decir que me ha sacado del dispensario sólo para enseñarme cómo le sienta un vesti-

do nuevo?—gritó Pug, casi indignado.

Gret puso un gesto compungido que era una delicia y replicó, casi llorosa:

—No ha sido por el vestido... Es que quería verle.

—¿Pero no comprende que estoy trabajando?

—¡No me grite!—chilló la niña, ya muy nerviosilla.

—Debía saber mejor lo que hace—siguió reprendiendo Pug con grandes voces.

—Lo sé de sobras. Y la culpa la tiene usted... Si hubiera venido a verme de vez en cuando yo no hubiera tenido que tomar estas medidas extremas—dijo ella con su sinceridad llena de candor.

—Pero, Gret... es que he estado verdaderamente muy ocupado.

—¿Desde hace tres meses que no le veo! ¿Y qué quiere que haga? ¿Esperar indefinidamente a que usted se decida? Si cree que estoy loca o que soy demasiado pesada, dígalos ya... pero no me atormente más...

Pug estaba conmovidísimo y su timidez iba creciendo cada vez más. Aquella chiquilla le desconcertaba. Con aquel su modo torpón de hombre del campo, con muy poca mungología, se acercó a Gret y le dijo:

—No, Gret, no creo que está lo-

ca... Creo que es usted... bueno, ya sabe lo que pienso sin necesidad de que yo se lo diga... ¿Pero no comprende mi situación?... No soy más que un pobre campesino con grandes ambiciones de poder llegar a ser un buen médico... y sin ninguna razón para creer que lo conseguiré. Y en cambio, usted es la encantadora hija del doctor Howe...

—Bueno, ¿y qué influencia puede esto ejercer en nuestras vidas? ¿Qué culpa tengo yo de ser la hija de mi padre y qué culpa tiene usted de haber nacido en una granja? —arguyó con esa lógica tan femenina que sólo sabe emplear la mujer enamorada.

—¿Qué influencia? Pues que su padre es uno de los más famosos y más importantes y más célebres...

—Vaya—murmuró la voz de Howe que entraba en su despacho y encontraba a su hija en dulce coloquio con aquel muchachón al que ya conocía de otros encuentros—. ¿Qué desea el señor Pug?

—Doctor Howe... dispénseme... voy a volver a... mi trabajo... dispense. Adiós, Gret—balbució Pug, saliendo rápidamente del despacho después de haber tropezado con todo lo que halló a su paso.

—¿Qué le pasa a ese chico?—inquirió Howe mirando a su hija—.

Cada vez que lo veo actúa como si acabase de asaltar un Banco. ¿Es que está enamorado de ti?

—No; no lo está —replicó Gret muy afligida—, y yo empiezo a comprender la teoría de Lije... ¡Es una gran complicación que tú seas nuestro padre!

Howe bajó la cabeza, humillado. Ahora era también su hija, su predilecta, la pequeña Gret la que le echaba en cara que su nombre era un impedimento a su felicidad. No era bastante ya que Lije, su hijo, le hablara en público como a un perfecto desconocido: "Doctor Howe... tal cosa... Doctor Howe... tal otra". ¡Como si él no fuera su padre! Y ahora Gret... Gret también afirmaba que era incómodo ser hija de un hombre célebre. ¡Y para esto había sacrificado toda su juventud al estudio y toda su madurez al concienzudo ejercicio de su carrera! Era una dura lección que le daba la vida; pero se la daba demasiado tarde; ya no podía rectificar: sería, hasta la muerte, el famoso doctor Howe.

* * *

Pug llegó de nuevo al dispensario a sus clases de práctica; pero se detuvo en el pasillo donde un niño de diez años aproximadamen-

te, esperaba con obstinación, sin hacer caso de las advertencias de la enfermera que le decía y repetía que era inútil su espera, porque allí nadie le recibiría.

Pug se acercó al niño y le preguntó cariñosamente:

—¿Qué te pasa, nene? ¿Te duele la tripita?

—No —contestó el niño—. No vengo por mí... sino por mi perro —añadió, mostrando a un perro negro que llevaba en brazos y que miraba con una mirada de humano sufrimiento.

—¿Qué le ha pasado a tu perro? —inquirió Pug.

—Uno de esos grandes automóviles acaba de atropellarlo aquí cerca... Hay que atenderle para que no sufra... para que no se me muera—dijo el niño con lágrimas en los ojos.

—Eso es cosa grave, nene; pero es mejor que lo lleves a un veterinario.

—Ya fui al veterinario antes de venir aquí... Pero dice que está tan herido que no puede ni intentar curarle; que eso tendría que ser cosa de un buen cirujano.

—¿Eso dijo? —preguntó Pug, iluminado por una súbita idea—. ¿Y has venido al dispensario para que un cirujano cure a tu perro?

—Sí... Pero tampoco quieren cu-

rarle, porque dicen que el dispensario es para personas y no para animales... ¡Y mi perro se va a morir!—sollozó el niño, abrazando con todo cariño al can que parecía comprender la discusión entablada entre su amo y el desconocido, y que lanzaba a Pug unas miradas suplicantes de animal enfermo.

Pug se quedó un momento reflexionando y luego dijo al niño:

—Te propongo una cosa. Vete y trae a tu perro por la puerta trasera de la entrada del laboratorio. Yo te esperaré allí. ¿Te acordarás bien de todo? La puerta del laboratorio... pero por la parte trasera. Nadie te verá. Yo intentaré curar a tu perro.

Pug quería ensayarse. No le daba miedo trabajar en el cuerpo de un animal. Podría morirse... pero acaso le podría curar. Un perro no era una persona. Así vería su capacidad, la firmeza de su pulso, el poder de su fuerza de voluntad. Quería cerciorarse de si era capaz de hacer una buena operación, de vencer su timidez, de sobreponerse a su extraño miedo a la muerte...

Pidió ayuda a sus compañeros, a Silas, a Clay, a Paul. Les citó para encontrarse en el laboratorio y practicar una arriesgada operación.

El niño llegó con su perro. Los estudiantes se prepararon como si

fueran a practicar una operación de verdad en un ser humano. Silas preparó la anestesia y la aplicó al can, mientras le decía como si hablara con alguien que pudiera entenderle:

—Vamos, precioso, te curaremos en seguida. En un par de semanas podrás ir a la caza de patos... ¡Que duermas bien, amigo!

Pug, entretanto, examinaba las heridas con detenimiento y pronunciaba en voz alta el diagnóstico, como acostumbraban hacer los catedráticos en el quirófano cuando practicaban una operación con asistencia de los alumnos:

—Lesiones internas con probable hemorragia. Vigílalo con cuidado, Silas, y no le des demasiado éter. Voy a hacerle una incisión en el centro. ¿Listo, Silas?

—Listo —replicó Silas escuetamente.

—Bisturí, tijeras, pinzas, bisturí — iba pidiendo Pug a medida que iba operando al animalito.

El niño esperaba en el pasillo a la puerta del laboratorio. Allí lo encontró el doctor Faver que se acercó a él y le preguntó extrañado:

—¿Qué estás haciendo aquí, jovencito?

—¿Qué...? —replicó el niño, sobresaltado, porque los doctores que operaban a su perro le habían roga-

do que no dijera a nadie lo que estaba esperando.

—Digo que qué es lo que haces aquí—replicó Faver.

—¿Yo?

—Sí, tú. Vamos, di, ¿qué esperas?

—Estoy esperando a mi perro —confesó el niño, atemorizado ante la mirada un poco hosca del doctor Faver.

—¿Y qué le pasa a tu perro?

—Lo han atropellado, y ahora le están operando —siguió confesando el niño en su ingenua inocencia.

—¡Ah, vaya, conque le están operando! —murmuró Faver, mirando hacia la puerta del laboratorio con profunda extrañeza.

—Sí, señor, sólo que no me han dejado entrar, y será mejor que no entre usted tampoco, no vaya a estorbar a los doctores.

—No les estorbaré, no haré ningún ruido. Tú espérame aquí. Me interesa mucho ver quién le opera y cómo le opera —dijo Faver, dejando al niño y entrando sigilosamente en el laboratorio inmenso donde Pug estaba practicando su primera operación por su cuenta y riesgo, con un aplomo y una serenidad y un acierto que dejaron asombrado al doctor Faver que le estuvo observando largo rato desde un lugar donde pudo permanecer

sin que los muchachos se dieran cuenta de su presencia.

—Tiene fisura en el bazo —decía Pug hablando con la voz monótona pero clara con que suelen hablar los catedráticos—. Voy a extirpárselo. Tendré más probabilidades si le aplico una solución salina. Grapas. Ligadura, torunda. ¿Qué tal resiste?

—No creo que pueda resistir ya mucho más —replicó Silas que vigilaba la presión arterial y las pulsaciones de corazón.

—Separadores. Torunda. Grapas. De prisa. Tijeras. Necesito ligadura. De prisa.

Pug trabajaba con rapidez y precisión, como si toda la vida hubiera estado practicando operaciones quirúrgicas y no fuera aquella su primera prueba.

—Sutura, terminado. Creo que todo ha ido bien —dijo Pug, quitándose la careta y dando un suspiro.

Faver salió de su escondite y se adelantó hacia él:

—Le felicito, muchacho —le dijo—. Supongo que quiere ser tocólogo.

—No, señor —contestó Pug tan confuso que no sabía lo que se decía al verse sorprendido por el catedrático más severo de toda la Facultad.

—¿Entonces quiere especializarse en garganta, nariz y oído?

—No, no señor, tampoco.

—¿Aspira a recetar píldoras, jarabes preparados para los nervios y específicos? ¿Quiere dedicarse a medicina general?

—No, señor.

—No irá a decirme que piensa ser cirujano —dijo Faver muy serio, y en el fondo divertido por el mal rato que hacía pasar al muchacho.

—No, señor... yo...

—¿Quiere ser veterinario? —interrumpió el doctor Faver.

—No, señor. Claro que pretendo ser cirujano, pero...

—Dijo usted antes que no quería ser cirujano.

—Quiero ser cirujano, si es que puedo —murmuró Pug, confesando su suprema aspiración.

—¿Y qué le detiene? ¿No será esa estupidez acerca de las manos? —preguntó Faver mirando las manos grandes, enormes, recias, que acusaban al obrero del campo, al trabajador de duros trabajos manuales.

Pug las frotó una con otra, como avergonzado de aquellas enormes manazas que eran su constante preocupación. Faver continuó:

—Tiene usted las manos grandes, fuertes y seguras, y no largas y delgadas como las de un pianista.

¡Bah, no haga caso! Eso de las manos delgadas para un buen cirujano no es más que una leyenda. No hay tal cosa. Los mejores cirujanos tienen las manos grandes.

Aquel elogio del doctor Faver impresionó hondamente a Pug. Estuvo pensando en ello todo el día y toda la noche y a la mañana siguiente, que era fiesta y salió a pasear con Gret, no supo hablarle de otra cosa más que de la operación del perro, del elogio de Faver, del éxito obtenido en aquella su primera intervención y de los ánimos que el catedrático le había dado para proseguir por el camino empezado.

Gret escuchó con paciencia todas las explicaciones de Pug, pero ella quería que le hablara de otras cosas, además de hablarle de su triunfo como cirujano. Y para agravar la situación comenzó a diluviar, sin que Pug se preocupara poco ni mucho de cobijarla o de ofrecerle volver a casa antes de que la lluvia les calara los huesos.

De pronto la chiquilla, que tenía vivo el carácter y no vacilaba en sus reacciones, dió vuelta a la bicicleta y dijo a Pug:

—Eres un caso perdido. No vienes a verme durante cuatro meses y cuando te decides a venir, todo lo que se te ocurre es hablarme de tu magnífica operación. Y luego

me tienes mojándome bajo esta lluvia torrencial, empapando mi meleva y probablemente exponiéndome a coger una pulmonía.

—Pero Gret, no te enfades, por favor, Gret, no te marches así — suplicó Pug gritando, porque ya la muchacha pedaleaba lejos de él—. Yo no sabía que iba a llover. Espérame. ¿Dónde vas?

—¡A mi casa! ¡No quiero saber nada más de ti! — replicó ella en la lejanía.

Pug corrió tras ella llamándola; pero le había tomado tanta delantera que ya no la pudo alcanzar, sino después de grandes esfuerzos y de una lucha titánica contra los elementos.

—Gret, espera, no puedes marcharte con este temporal. ¡Es el verdadero diluvio! Espera y verás. Dentro de un momento saldrá de nuevo el sol y todo será distinto. Y en cuanto a enfadarte conmigo porque te hablo de mis trabajos, vas a tener que escuchar muchas operaciones cuando estés casada con un cirujano — dijo Pug, estrechándola cariñosamente el brazo.

—¿Qué es lo que pretendes insinuar? — preguntó Gret, que quería mantenerse ofendida, pero que quería demasiado a Pug para estar enfadada con él más de cinco minutos.

—Tú misma me lo has dicho muchas veces. Cuando por fin tomas una decisión no hay nada que pueda detenerte. Dijiste que me resistiría un poco, pero que no me serviría de nada, y creo que tienes razón.

—¡Jamás dije semejante cosa! — afirmó Gret, frunciendo el ceño graciosamente.

—Lo que me gustaría saber es qué fué lo que te resultó más difícil: ¿atravesar el río a nado, o pescarme a mí?

—No tengo ni idea de lo que me estás hablando.

—Aprender a tocar el arpa en dos años, ¿verdad? Atravesar el río a nado, y pescarme a mí. Ven, abrázame, Gret, abrázame, así, un poquitín más fuerte — dijo Pug cogiéndola entre sus brazos y dándole un largo beso de enamorado.

* * *

Nan y Bert se veían todos los días, cuando el trabajo del hospital les dejaba tiempo libre. Se habían compenetrado de tal forma que se sentían ya unidos por un indestructible lazo. Eran comunes sus afanes, sus ilusiones, sus nostalgias, sus esperanzas.

Aquel día había llegado carta de China y aquello era un gran acon-

tecimiento para los dos enamorados, porque esperaban que el padre de Bert les hablaría ya de su proyecto de matrimonio, aceptándolo gustoso al saber que se trataba de una enfermera que ayudaría ahincaamente con sus desvelos y su abnegada virtud al trabajo inagotable de aquella lejana misión.

—¿Qué más nos dice tu padre? — preguntaba Nan, cada vez que Bert se detenía en la lectura de aquella carta larga, extensísima, en la que tantas cosas le contaba.

Bert siguió leyendo:

“En mi afán de encontraros a Nan y a ti un hogar confortable, he recorrido todas las casas del poblado. Estaba a punto de desistir de la idea, cuando de pronto se me ocurrió una solución magnífica que resuelve todo el problema y que creo os parecerá muy bien. Mi propósito es mudarme de la casa en que vivo a otra más pequeña que está al lado de la iglesia y la mía os la cederé a vosotros para que podáis estar bien instalados...”

—¡Oh, no, no quiero que lo haga! — exclamó Nan muy emocionada—. ¡No podemos consentirlo!

Bert se rió con una risa sutil, llena de complacencia.

—¿De qué te ríes? — preguntó ella extrañada.

Bert continuó su lectura:

"...por favor, no hables a Nan de esta decisión. Por lo que me has escrito acerca de tu futura esposa estoy seguro de que es demasiado considerada para consentirlo..."

—Como ves — añadió Bert — ya te va conociendo.

—¿Qué le has contado de mí? — preguntó Nan mirando a su novio con sus ojos cándidos, llenos de bondad.

—La verdad, nada más que la verdad — replicó Bert abrazándola con infinita ternura—. Nan, me gustaría no tener que esperar tanto tiempo. Desearía poder casarnos en seguida. Un año, ¡tarda tanto en pasar! Es algo que me parece interminable. Y es como si el tiempo me robara la felicidad.

—¿Crees tú que a mí me gusta esperar? No; también a mí me gustaría poder casarnos en seguida. ¡Toda la vida la he dedicado a cuidar al prójimo sin pararme a pensar en quién era, y ahora que hay una persona a quien de veras deseo cuidar, a quien de veras deseo hacer feliz, ¡ahora no puedo y he de esperar!

—Pero yo no necesito que me cuiden, Nan—protestó Bert sonriendo.

—Sí lo necesitas, mi querido Bert. ¡Si supieras cómo deseo serte útil en algo! Mimarte, contemplarte, anticiparme a tus deseos, cuan-

do vuelvas cansado de tu trabajo, tal como lo estás esta noche, sin que puedo remediarlo, porque todavía no soy tu mujer.

—¿Qué podrías hacer, si ya lo fueras? — inquirió él, estrechándola aún más dulcemente sobre su corazón.

—No sé. Velaría tu sueño, te querría tanto que mi amor forzosamente sería para ti un remanso de paz.

Se estrecharon las manos amorosamente y permanecieron en silencio, sumidos en la delicia de aquel sueño tan hermoso.

* * *

El día de Pascua de Resurrección era tradicional la fiesta que daba la señorita Sussie a todos los estudiantes y catedráticos de la Facultad de Medicina. Era fiesta grande, porque a ella concurrían todos, incluso el Decano, y se establecía entre catedráticos y alumnos una simpática y cordial camaradería en la que también tomaba parte, como viejo amigo de la casa, Hizer, el criado negro de la señorita Sussie.

Bromeaban todos, todos charlaban alocadamente, todos bebían sin interrupción y la fiesta tomaba a cada minuto caracteres más alegres y animosos.

—Lije — preguntó el Decano, acercándose al muchacho, por el que sentía un especial afecto—¿No vendrá este año su padre?

—No lo sé, señor. El año pasado no vino y creo que fué la primera Pascua de Resurrección que no celebró en diecinueve años.

—Su padre es un hombre muy testarudo, Lije, y usted se va pareciendo a él—comentó el Decano.

—Sí, señor — asintió Lije.

Hizer iba sirviendo copitas de coñac a los invitados y de vez en cuando se servía él en una magnífica copa de plata que era de su exclusiva pertenencia y que sólo salía en las grandes solemnidades.

—Hizer, ¿es siempre la misma copa de cada año? — le preguntó el Decano, que había sido huésped de la pensión de la señorita Sussie y que trataba al criado con la misma naturalidad con que lo hacía en su época de estudiante.

—Sí, doctor. Es la que me dió el doctor Jessup como premio.

—¿Y sigues bebiendo el coñac solo?

—Sí; y tres deditos — contestó Hizer con un gesto pícaro.

—¿Cómo puedes verlo a través de la plata? — inquirió el Decano.

—No lo veo, ¡lo diagnóstico! — contestó Hizer, riendo.

—Y a veces te equivocas — in-

terrompió Ben que acababa de llegar lleno de euforia.

—Pero no soy médico... y no causo la muerte a nadie con mis equivocaciones.

—Hizer, yo también tengo derecho a beber. Dame una copita. Gracias. ¿Cómo siguen esos puntitos en la vista? — le preguntó Ben, que la tenía siempre tomada con la salud de Hizer.

—No se preocupe por mis puntitos, señor Ben.

—Dijiste que cuando fuera doctor te dejarías visitar por mí.

—Pero el que vaya usted vestido de blanco no significa que sea ya doctor — dijo Hizer, escabulléndose para que no siguiera Ben investigando en su salud que, por otra parte, era magnífica.

En aquel momento entró el doctor Howe, que fué recibido con grandes agasajos por todos los presentes, felicitándose mutuamente las Pascuas y cambiando apretones de manos y abrazos.

Hizer se adelantó a él con una copa rebosante y se la ofreció, mientras le decía:

—Felices Pascuas, doctor Howe.

—Felices, Hizer. He oído tu acertado comentario acerca del diagnóstico, y tienes razón. Algunos de nuestros errores de diagnóstico son irreparables. Otras sole-

mos acertar. Brindemos por que corriamos nuestros errores antes de que sea demasiado tarde — dijo Howe, lanzando al soslayo una mirada a su hijo que era el único que no se adelantó a felicitarle la Pascua.

—Y ahora, caballeros —propuso el Decano cómicamente—. ¡Brindemos por nuestra amada, la bella Elisa! — dijo, señalando al techo y mostrando a aquella mujer, toda músculos y vísceras, que era la novia de la Facultad.

Luego cantaron a coro y bailaron contentos, enardecidos por las continuas libaciones, por la alegría del día y por la rebosante euforia de toda aquella juventud repleta de promesas halagueñas.

Howe se acercó a su hijo y, como si acabaran de verse hacía pocos momentos, como si no se hubieran separado desde hacía más de dos años, le habló con toda naturalidad:

—Tu madre dice siempre que mis enfermos me conocen mejor que mi familia. En casa te echamos mucho de menos, Lije.

—No volveré a vivir con vosotros, papá.

—¿Por qué? — inquirió el padre, dolido.

—Con vosotros no soy más que

el hijo del doctor Howe. Aquí soy yo mismo.

—Te comprendo, Lije. Y, ¿qué piensas hacer cuando termines el doctorado?

—Me dedicaré a la patología — replicó Lije sin vacilaciones.

—Hijo, siempre había pensado en ti para que trabajaras a mi lado. Siempre había soñado con...

—Mi vocación verdadera es la patología y a ella me dedicaré, papá.

—Está bien, hijo. Debimos haberte enviado a casa la señorita Sussie desde el primer momento — replicó Howe, orgulloso de la entereza y el carácter que mostraba ahora Lije, el muchacho que en casa de sus padres no hubiera llegado nunca a ser nada.

Aquel día los catedráticos se quedaron a cenar en casa la señorita Sussie. Esta había preparado una cena extraordinaria en su honor y ellos la aceptaron gustosos, porque siempre volvían a sentirse jóvenes en aquella casa y al lado de aquella mujer que les había guiado y orientado en sus años estudiantiles.

Pero antes de que se fueran al comedor, Ben bajó de las habitaciones muy alarmado:

—Bert está enfermo; le he encontrado en su cama con mucha fiebre. Creo que sería mejor que

lo visitara el doctor Howe. A mí me parece difteria.

Howe diagnosticó difteria. Se presentaba un caso serio. Era preciso aplicarle la vacuna y aplicarla a todos cuantos estaban en la casa, porque el contagio era peligroso. Se tomaron las precauciones oportunas y el doctor insinuó la necesidad de llamar a una enfermera para cuidarle.

—Le cuidaré yo misma — dijo la señorita Sussie.

—La difteria es muy contagiosa, señorita—insistió Howe.

—¿Crees que he vivido durante veinte años sin haber aprendido qué enfermedades son contagiosas y cuáles no? — replicó Sussie, tuteando al viejo doctor como en sus tiempos de estudiante.

Sussie le cuidó y los muchachos le velaron; pero el caso era agudo, gravísimo, y Bert se daba cuenta de ello. El doctor opinó que sería conveniente avisar a alguien de la familia, y, como Bert no tenía familia en la ciudad, Pug fué al encuentro de Nan para advertirla.

La encontró en el lugar acostumbrado, al pie de la estatua, apoyada en la balaustrada desde la que se dominaba toda la ciudad. Como era noche cerrada, Nan ceyó que era Bert el que llegaba, y se quedó sorprendida, conteniendo su gesto

de cariño, al verse frente a un desconocido.

—¿Quién es usted? — preguntó, alarmada.

—Soy un amigo de Bert — replicó Pug.

—¿Qué le ha ocurrido a Bert? ¿Qué pasa? — inquirió ella con angustia.

—Está enfermo y la señorita Sussie cree que usted debe ir a visitarle.

—¿Qué tiene?

—Difteria.

—Vamos — dijo Nan sin la menor vacilación.

Se instaló a la cabecera del lecho del enfermo y le prodigó todos sus cuidados y su cariño. Sus dotes de dulzura maternal, de inagotable bondad, de suave ternura para los enfermos, se acentuaban ahora hasta lo sublime al cuidar a Bert, a su Bert, al hombre al que amaba con toda su alma. Y su presencia hizo mucho bien al enfermo.

—Estoy aquí, contigo, para cuidarte, para alentarte. No tengas miedo, mi vida. Anda, cierra los ojos y procura dormir; yo velaré tu sueño.

—No, no... Quiero seguir contemplándote — murmuró el enfermo con una voz angustiosa y jadeante.

—¿Y no puedes verme con los

ojos cerrados? — sonrió ella dulcemente.

—Sí; tienes razón; puedo verte igual — susurró él, durmiéndose apaciblemente al sentir el suave contacto de la mano de Nan sobre su frente ardorosa.

Nan salió de la habitación cuando le hubo dejado dormido y rogó a Pug que lo velara el resto de la noche.

—Volveré en cuanto haya terminado mi trabajo — dijo Nan, que sólo abandonaba a Bert para ir a cumplir la obligación que le imponía su profesión.

—Me quedaré con él hasta que usted vuelva — prometió Pug.

—Gracias. Me alegra que sea usted el que se quede. Le tiene mucho afecto. Cuídele con todo cariño. ¡Está tan mal! — suspiró Nan, conteniendo las lágrimas.

Pug veló al enfermo. Hacia la madrugada éste pareció volver en sí de un largo sopor y dijo con voz débil:

—El pulso me empieza a fallar, Pug. Cada vez va debilitándose más y tú sabes lo que esto representa.

—Bert, no te conviene hablar tanto — suplicó Pug.

—Ya viste aquel corazón de débil en el laboratorio. Ningún hombre puede vivir con un corazón

semejante. Un pulso rápido con ritmo galopante, seguido de un pulso muy débil con palpitaciones, conducen a un inevitable y fatal desenlace. Esto es lo que explica el catedrático.

—Necesitas descansar, Bert — rogó Pug, estremecido ante las palabras del enfermo y la clara visión que éste tenía de su estado—. El doctor aconseja descanso absoluto. Tienes que hacer lo que él ordena.

—Pug, ¿tú has tenido alguna vez miedo a la muerte?—preguntó Bert con voz cada vez más apagada y una mirada que se iba tornando vidriosa y opaca —. ¡Yo no, no le tengo miedo, pero cuando sea viejo... no ahora, Pug, que empiezo a vivir! ¡No quiero morirme, Pug! ¡No quiero, y sé que voy a morir sin remedio!

—No, Bert, no, tranquilízate; no vas a morir — aseguró Pug sin fuerza, sintiendo que el sudor le invadía la frente, que una angustia extraña le apretujaba el corazón.

—Sí, Pug, me muero. Tú que eres tan fuerte, ¿no puedes salvarme? ¿No puedes impedirlo? Pug, no me dejes morir... Pug...

Pug estaba palidísimo. Algo le subía del pecho a la garganta. Era aquel algo sentido ya otras veces al enfrentarse con la muerte. Era el miedo, el espantoso, el invenci-

ble miedo a la muerte. Y, sin saber lo que se hacía, impulsado por la fuerza misteriosa de un miedo superior a toda su voluntad, echó a correr y huyó de la habitación de Bert, de la habitación de la que ya la muerte se había enseñoreado; huía de la muerte que le daba horror. Huía como un cobarde sin hacer caso de la voz del moribundo que se iba debilitando por momentos y que le llamaba en demanda de auxilio:

—Pug... ¡Pug!... ¡¡Pug!!

Bert, pese a la asistencia que corrieron a prestarle los doctores Howe y Benton, falleció aquella misma madrugada.

Cuando Nan llegó ya estaba muerto. Lo adivinó en la mirada de la señorita Sussie, en el rostro angustiado de los compañeros de Bert; en la contracción dura del rostro de los dos catedráticos que habían asistido al muchacho. Y, alocada, sintiendo que todo el mundo había desaparecido en un momento, que toda su vida quedaba deshecha en un instante, corrió a la habitación de Bert sollozando y llamándole incansable, como si con sus gritos quisiera devolverle a la vida: —¡Bert! ¡Bert! ¡Bert!

No fué aquél el único caso de difteria. La enfermedad se presen-

tó en forma de epidemia y hubo que tomar enérgicas medidas no sólo en el hospital, sino en toda la ciudad. La aglomeración de trabajo hizo necesario que los estudiantes de cuarto curso de medicina tuvieran que prestar sus servicios en determinados casos. A cada uno se le asignó un trabajo concreto. Y a Pug le tocó la asistencia a domicilio en los casos de maternidad.

Asistió a varias mujeres en el trance de la maternidad, sin complicaciones; casos sencillos que no ofrecían dificultad al principiante y que se resolvían normalmente sin intervención ninguna del médico que sólo tenía el trabajo de observar el proceso del natalicio del nuevo vástago.

Pero una noche le llamaron para un caso especial, difícil, grave. Pug se sintió sobrecogido del extraño miedo que le atosigaba siempre que se trataba de salvar una vida humana en peligro de muerte.

—Si pudiera ser eximido — suplicó al Médico Jefe de su departamento.

—¿Se encuentra usted mal?

—No, doctor; pero hoy desearía que alguien me sustituyera — rogó Pug.

El doctor accedió, como había accedido a otras peticiones del mismo género que Pug le había hecho,

siempre que se trataba de un caso difícil.

Pug no estaba contento de sí mismo. Comprendía que no era aquel el camino que debía seguir; que era preciso enfrentarse con las dificultades inevitables de la carrera; que debía luchar contra la enfermedad y la muerte.

Aquella misma noche paseó con Gret; pero él estaba pensando en algo muy distinto que le preocupaba hondamente; no podía pensar sólo en el amor y en la alegría de vivir; pensaba en que en aquella misma hora una mujer estaba dando a luz un nuevo ser, penosamente, sufriendo mucho, expuesta quizá a sucumbir en aquel trance difícil, y que él se había negado a auxiliarla con sus conocimientos y su práctica, sólo por miedo, por aquel miedo que era la fuerza más poderosa de su ser.

—¿Qué te pasa? —le preguntaba Gret que sobradamente veía que Pug estaba con el pensamiento fijo en otra parte—. Me gustaría tanto poder ayudarte en tus preocupaciones y en tus trabajos... ¿Por qué no confías en mí?

—No quiero hablar de ello—contestó Pug un poco hoscamente.

—¿Ni siquiera conmigo? — insistió ella.

—Por favor, Gret, déjame solo.

Esta noche necesito estar solo.

—Bien. Sólo quieres tenerme a tu lado cuando te sientes feliz, orgulloso de ti mismo, para que sonrías contigo cuando todo te sonríe. ¿Crees que en esto consiste el amor, Pug? ¡Cualquier mujer vive para eso! Pero yo no, yo deseo ser tu esposa y quiero compartir contigo, hoy y siempre, lo mismo tus alegrías que tus dolores.

Pug no contestó. Bajó la cabeza y se quedó en silencio. Estaba convencido de que él no llegaría a ser médico y de que tendría que renunciar a la dicha de hacer suya a Gret.

...|

Pocos días después, la señorita Sussie entró en la habitación de Pug diciéndole que le llamaban por teléfono del hospital.

—Le he dicho a Hizer que conteste que no estoy. No puedo prestar mis servicios — contestó Pug secamente.

—Pero le han llamado con insistencia, San Jorge; le necesitan para un caso de urgencia — dijo la señorita Sussie mirando al muchacho.

Y ante el gesto de éste, gesto de cansancio, de depresión, de vencido, le dijo con una voz que alentaba, con una voz que se imponía, con una voz que era como la de la pro-

pia conciencia imponiendo su autoridad:

—San Jorge, un médico no puede aceptar o rehusar una llamada por no estar de acuerdo con su humor o con sus sentimientos. Un médico se debe a sus enfermos, y nada más.

—No soy un médico, señorita Sussie. Por mucho que me esfuerce no sirvo para ello —murmuró Pug con profunda desesperación—. Hace falta mucho valor para enfrentarse con los casos difíciles ¡Y yo tengo miedo! Por eso he resuelto marcharme.

—Todo hombre que huye de sí mismo es un cobarde, San Jorge — dijo Sussie dolorosamente, lamentando aquel estado de ánimo de uno de sus muchachos.

—¿Qué fuí yo la noche que murió Bert? No fuí un héroe, sino un cobarde, un vil cobarde.

—Nadie podía salvar a Bert. Ni el doctor Howe. Tú lo sabes; no podías hacer nada por Bert, pero puedes hacer mucho por esa mujer que necesita de tu auxilio. Está en peligro en espera de un médico. Está en peligro, y también peligra su hijito al que ha estado esperando durante nueve largos meses. Tú les has de salvar a los dos.

—Pero es que yo no puedo ir, señorita Sussie — protestó Pug,

poseído de un pánico creciente.

—Temo que no tengas más remedio que ir, San Jorge, porque yo he prometido que ibas ahora mismo, y tú no puedes hacerme quedar mal.

—Pero pueden mandar a otro alumno. ¡Yo no puedo ir!

—Debes ir, San Jorge. No tienen a nadie más que a ti para este caso. Asiste a esa pobre mujer. Después de esto podrás marcharte si sigues deseándolo, pero ahora no. Estoy segura de que esta vez la salvarás, de que esta vez no huirás como un cobarde, sino que lucharás como un hombre contra la muerte, y vencerás tú.

Las palabras de Sussie le convencieron. Fué al hospital en busca del equipo quirúrgico preciso y de la enfermera que había de auxiliarle en su trabajo. Le correspondió a Nan aquella misión; y Pug agradeció a la suerte aquel favor especial. Nan le alentaría, si el miedo se apoderaba de él; aquella chiquilla que tenía un perfecto dominio de sí misma y una noble serenidad infundía valor sólo con la mirada de sus ojos tranquilos y claros, dulces y buenos como los de un niño.

En la casa les estaban esperando con ansiedad. Llevaban muchas horas esperando la llegada del nuevo hijo y éste se retrasaba de un modo

inverosímil causando grandes sufrimientos a la pobre madre que cada vez se sentía más débil y agotada. Pug la reconoció y rogó que todos salieran de la habitación, porque había varias vecinas que la atendían y todo era barullo y algarrabía en la alcoba de la paciente.

—¿Cómo se encuentra, señora?— preguntó Pug, cariñosamente, a la madre.

—No me encuentro muy mal, pero me siento muy débil — replicó la mujer, tratando de sonreír. Se sentía reconfortada con la sola presencia del médico.

Nan comenzó a preparar lo necesario. Pug había auscultado el corazón del niño y le pareció que latía muy débilmente. Llevaba demasiadas horas pugnando por nacer. Era preciso ayudarle antes de que se asfixiara.

—Puedo telefonar al hospital pidiendo que manden a un interno — dijo Nan.

—No; no hay tiempo que perder; urge la intervención. Lo haré yo mismo — replicó Pug, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo ante la urgencia del caso, olvidándose de su miedo, sobreponiéndose a él, poniendo toda su voluntad para dominarse y actuar como actúan los médicos de verdad: sin vacilaciones, recelos ni zozobras; entrega-

dos por entero al que sufre y olvidados de sí mismos en los momentos trascendentales en que hay que arrancar a las garras de la muerte una de sus presas.

Pug actuó rápidamente y con magnífica maestría. Tuvo en Nan una auxiliar perfecta, silenciosa y oportuna, sin preguntar nada, ofreciendo en el momento preciso lo que el médico necesitaba, sin desfallecer ni aturrullarse, siempre presidida por aquella calma perfecta de su espíritu que todo lo dominaba.

El niño nació sano y fuerte. Cuando Pug lo sostuvo entre sus brazos le pareció un poco hijo suyo y sintió que los ojos se le iban a nublar de lágrimas. Se contuvo y exclamó con alegría:

—¡Bravo, muchacho, así me gusta, que llores fuerte! ¡No me disgustan tus chillidos!

—Llegará usted a ser un gran médico, Pug — aseguró Nan mientras vestía al pequeño.

Cuando regresaban hacia el hospital, después de dejar ya tranquilizada a la madre y en perfecto estado al pequeño, Pug dijo a Nan:

—También usted es una gran enfermera, Nan; dulce, callada, buena y con una comprensión admirable de las necesidades del médico y del enfermo.

—Falta me va a hacer en mi nuevo destino — contestó ella con una vaga y misteriosa sonrisa.

—¿Se marcha usted?

—Sí, Pug, me marcho. Quiero vivir donde Bert y yo hubiésemos vivido, hacer cuanto habíamos proyectado los dos. Me voy a China, que me parece mi segunda patria, porque en realidad era la de él. Me han admitido en el hospital de una Misión en la parte Norte del país.

—Pero... — murmuró Pug admirado de aquella resolución, que era la total renunciación a todos los placeres de la vida—. ¿No se encontrará allí demasiado sola?

—No, jamás estaré sola. Siempre tendré a mi lado el recuerdo de Bert y de todo lo que me decía, de sus palabras que nunca podré olvidar, las cosas tan bonitas que juntos planeábamos. No, no tengo miedo. Tengo una misión que cumplir y la cumpliré porque este era el deseo de Bert.

—Tiene razón, Nan. ¿Qué puede temer, si su espíritu es tan grande y tan fuerte? — replicó Pug, admirando la entereza de aquel carácter de mujer valerosa encerrado en un delicado y débil cuerpecillo de niña.

* * *

Ya no quedaba nada más que hacer. El fotógrafo había sacado la foto del grupo de muchachos que habían terminado la carrera, presididos por la señorita Sussie, y esta foto pasaba a formar parte de la colección que, colgada en las paredes de la pensión de la señorita Sussie, acreditaba año tras año las eminencias que por ella habían desfilarado.

Las despedidas fueron cordiales y emocionadas. Cada uno volvía a su ciudad de origen dispuesto a ejercer la carrera que tantos sacrificios les había costado, y Sussie les estrechaba las manos con simpática ternura, mirándoles como una madre que ve alejarse a sus hijos en pos de la felicidad y que está contenta por ellos, pero siente la tristeza infinita de perderlos y de quedarse sola en el hogar.

Cuando le tocó a Pug el turno de despedirse de la señorita Sussie, ésta le retuvo la mano más tiempo que a los demás y le dijo, sonriéndole satisfecha:

—Me alegro mucho de que vuel-

vas como interno del doctor Faver, San Jorge. Así no os pierdo totalmente. No podría soportar el perderos a todos a la vez.

—No me perderá jamás, señorita Sussie —contestó Pug con sinceridad—. Vaya donde vaya, ocupe el puesto que ocupe, a usted se lo deberé. Y este es el caso de todos los médicos que han pasado por esta casa. Quisiera ahora pedirle que... si acaso ve a Gret Howe, haga el favor de decirle que si no tiene inconveniente me gustaría verla el día en que vuelva.

—Se lo diré, muchacho, se lo diré —sonrió Sussie, muy comprensiva.

—¡Adiós! ¡Hasta pronto! —saludó Pug, cogiendo la maleta y echando a andar camino de la estación.

Pero un automóvil se interpuso en su camino y una voz bien conocida le ofreció:

—¿Puedo acompañarle, doctor?

—¡Gret! —exclamó Pug, loco de contento.

—He pensado llevarte a la esta-

ción. Sube —dijo la muchacha, abriendo la portezuela y ofreciéndole asiento a su lado.

—Eres la última persona del mundo a quien esperaba encontrar, y la que más deseaba ver.

—Espero que no querrás perder el tren. Vamos, sube —urgió ella, un poco nerviosilla.

—Ya comprendo que estás un poco enfadada conmigo, Gret —murmuró Pug, tímido y preocupado.

—Será mejor que nos marchemos. Vamos, sube.

Pug subió, se acomodó, miró a la lindísima criatura que manejaba el volante y le susurró:

—Gret, ¿puedo tener alguna esperanza?

Ella volvió a él sus ojos claros, alegres y risueños y le contestó con aquella fresca risa juvenil que era como un cascabeleo de plata:

—¿Y por qué crees que he venido, bobalicón?

En aquel momento, a la puerta de la pensión de la señorita Sussie llamaba de nuevo un principiante de la carrera:

—¿Es ésta la pensión de la señorita Sussie? —preguntaba con voz tímida al criado negro que le salió a abrir la puerta.

—Esta es, doctor —replicó Hizer, como había replicado a varios centenares de estudiantes el primer día de su llegada.

Y el nuevo, con el mismo pasmo de todos los demás, susurró con gran admiración:

—¡Doctor!

Pug y Gret, que habían presenciado desde el coche la escena, se abrazaron fuertemente y se besaron en los labios. Así había llegado Pug a la pensión de la señorita Sussie, y hoy salía triunfante en los dos aspectos más bellos de la vida: triunfante en la ciencia y en el amor.

F I N

EDICIONES BISTAGNE

publica siempre
las mejores novelas
cinematográficas

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis — Barcelona



MERCURIO FILMS, S. A.



Distribuidora exclusiva de Películas Paramount
para España, Colonias y Protectorado
MONTERA, 32 MADRID



**RAY
MILLAND**

en su genial interpretación de la Película
Paramount

**DIAS SIN
HUELLA**

La Academia de Artes y Ciencias Cinematográficas de Hollywood
ha concedido a **DIAS SIN HUELLA** los siguientes premios:

A la mejor película del año.

A la mejor interpretación masculina (Ray Milland)

A la mejor Dirección.

Al mejor guión.

¡El drama más realista y emocionante que ha pasado por las pantallas!

Cubierta T. G. J. Soler